

BOLSILIBROS

POLICIACA

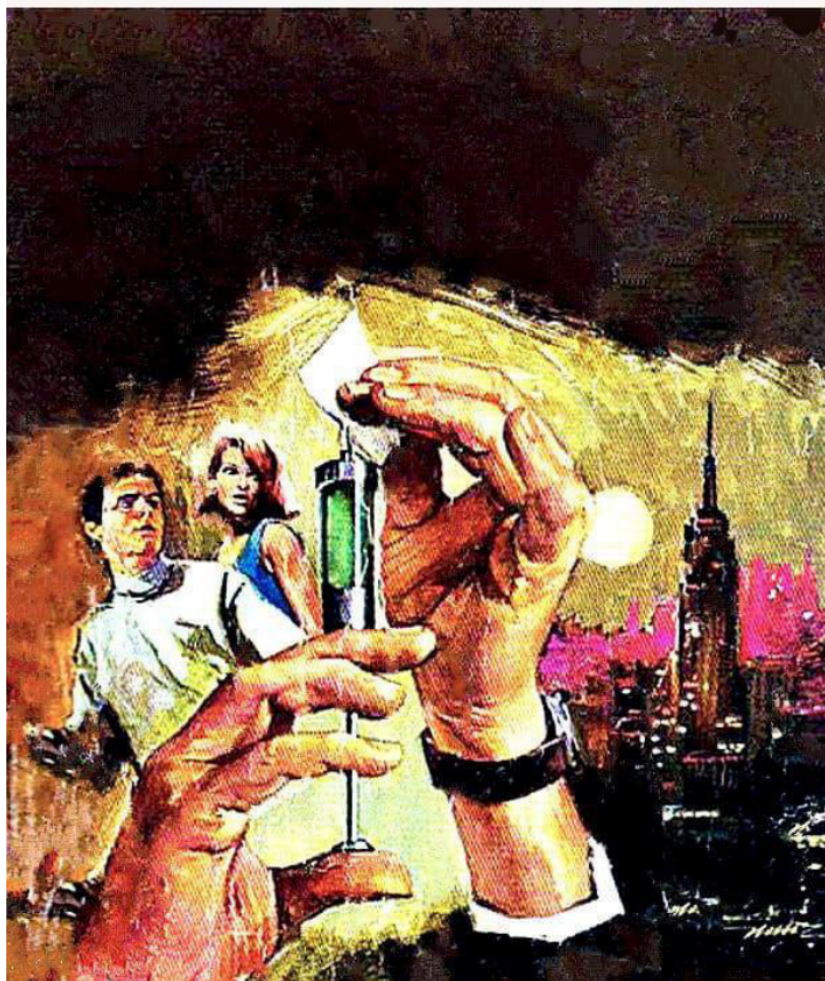
SERIE

SERVICIO SECRETO

la muerte dentro de mi

de

CURTIS GARLAND



—Asesinado. Eso es lo que han hecho conmigo; asesinarme.

Tan clara y deliberadamente como si me hubiesen acuchillado con un agudo estilete, atravesándome el corazón. O como hincarme una bala en el cráneo. O como hacerme beber un líquido repleto de cianuro. O envenenando mis alimentos con arsénico.

Sólo que esto era aún más cruel. Más perverso que una muerte vulgar. Era deliberada, sutil y maligna y lenta. Una forma perversa y malévola de matar a otro semejante.

Virtualmente, yo estaba muerto.

Muerto...



Curtis Garland

La muerte dentro de mí

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1203

ePub r1.0

Titivillus 02-12-2019

Título original: *La muerte dentro de mi*
Curtis Garland, 1973

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



SS

SERVICIO SECRETO



PRÓLOGO

Se quedó mirándome. Sin duda no entendía nada. Y yo no podía reprochárselo.

—¿Qué te ocurre, Ross? —indagó con voz insegura.

—Lo peor —dije.

—¿Lo peor? —repitió, mirándome como el que oye hablar en chino

—. ¿Y qué es lo peor?

—Supongo que la muerte —dije—. Lo peor siempre es la muerte. Es el fin de todo, ¿no?

—Sí, eso supongo —sacudió la cabeza, perplejo—. Pero eso no tiene sentido. Estás vivo y bien vivo. ¿Acaso tienes ganas de bromear? La verdad es que con este frío, esta noche y la nieve que cae afuera, no le veo la gracia a tu...

—No, no tengo ganas de bromear —le interrumpí bruscamente—. Y no te dejes engañar por las apariencias. No estoy vivo.

Ahora sí me contempló con aturdimiento. Tosí, apoyándome en el quicio de la puerta. Ni siquiera me había invitado a entrar. Supongo que a causa de su asombro, incluso ese detalle había olvidado.

De repente, pareció entender algo. Me contempló con una nueva expresión. Noté que se dilataban levemente sus fosas nasales.

—Ya voy viendo claro —gruñó—. Has bebido, Ross.

—Claro —asentí—. He bebido. Dos *whiskys*. No. Tres. Eso no cambiará las cosas. Ni siquiera las haré peores.

—Debí imaginarlo. Estás borracho —me acusó, irritado.

—No llego a tanto —negué—. Ni siquiera estoy mareado. Harían falta muchos más de tres *whiskys* para algo así, y tú lo sabes.

—Hueles a licor.

—Por supuesto. La última copa la tomé en el bar de abajo, junto a tu casa. Creo que ando buscando ánimos.

—Ross, no te entiendo. Vienes a despertarme a estas horas con palabras absurdas, tu aliento huele a alcohol, y aún pretendes que te tome en serio.

—Debes tomarme en serio —murmuré, cansado—. Me muero, Gallagher.

—Oh, Ross... —empezó a enfurecerse de veras—. Si te encuentras mal, llamaré a un médico, aunque maldito si no pudiste hacer eso

tú mismo, sin necesidad de venir a estropearme el sueño, justamente la primera noche en una semana en que he podido dormir decentemente en casa. Pero empieza a hartarme tu pesada broma de esta noche, por muy amigo mío que seas.

—¿Broma? —Reí entre dientes. No tenía ninguna gracia, pero sentí ganas de reír, y reí. Creo que era una risa histérica la que escapaba de mis labios resecos, pero eso tenía poca importancia—. ¿Broma, dices? Nadie bromea cuando se está muriendo. Y menos aún cuando... cuando ya está muerto.

—Ross, has debido contar mal. Para hablar así, debes llevar dentro de ti bastante más de tres vasos, estoy seguro.

—No, Gallagher. No llevo más de tres vasos dentro de mí —golpeé mi pecho—. Es algo más, mucho más, lo que llevo dentro de mí. La muerte, ¿entiendes? Yo..., yo estoy muerto. Y no bromeo, amigo. Nunca dije nada más en serio.

Luego pasé una mano por mi rostro. La retiré empapada de transpiración. Un sudor frío, viscoso. Estaba empapado de sudor... con más de doce grados centígrados bajo cero en las calles, en las malditas, frías y nevadas calles de Nueva York.

Por primera vez, Gallagher me miró sorprendido, incluso algo alarmado. Había observado el brillo de la transpiración en mi rostro y sin duda le resultó insólito el fenómeno. Adelantó su mano. La puso sobre mi frente. La retiró en el acto, con una expresión de incredulidad en sus ojos, muy abiertos.

—Entra —jadeó, tomándome por un brazo—. Vamos, entra, Ross. Estás febril. Te arde la piel. Y tu sudor es frío. Tal vez un enfriamiento. Podrías coger una pulmonía.

—Una pulmonía... —repetí, riendo—. ¿Qué diablos importa eso ahora? ¿Qué puede preocuparle una pulmonía... a un cadáver, Gallagher?

—Oh, calla ya con todo eso, y entra de una vez —me metió dentro de su casa a empujones, y cerró la puerta tras de sí. Las huellas de sueño habían desaparecido de su rostro, repentinamente tenso, espabilado—. Vamos, hay que hacer algo. No puedes quedarte ahí afuera, diciendo tonterías. Tu fiebre debe ser muy alta en estos momentos.

Me condujo hasta el *living*. Me dejó caer suavemente en mi sofá, blando y acogedor. Traté de rechazar todo eso con débil esfuerzo.

—No, no —protesté—. No hay tiempo. Ya no hay tiempo de nada, Gallagher...

—¡Cierra el pico de una vez por todas! —Se enfureció—. Te daré unos comprimidos, llamaré a un médico amigo...

—Pierdes el tiempo, Gallagher —sonreí—. Todo eso no conduce a nada.

—Terminarás enfureciéndome —se encaminó hacia el fondo de la estancia—. Voy a llamar a Carol. Las mujeres saben mejor que nosotros lo que hay que hacer en casos así.

—No, Gallagher. Es inútil. Estoy tratando de decírtelo todo el tiempo, y crees que estoy borracho o que deliro. No hay nada que hacer. Ni tú ni tu mujer podéis ayudarme ya mucho. Si he venido ha sido para hablar con el policía, no con el amigo.

Se detuvo, girando la cabeza y clavando en mí sus ojos inquisitivos. Respiré hondo, sintiendo que mi aliento ardía. Moví los brazos con desaliento, reclinado en el sofá.

—Ross, has dicho muchas tonterías, pero nada concreto —me reprochó—. ¿Qué te sucede? ¿Qué quieres exactamente de mí?

—Te lo he dicho —susurré—. Estoy prácticamente muerto. Ni tú, ni Carol, ni médico alguno en este mundo, puede salvarme ya. Precisamente vengo ahora de uno de ellos. Del mejor médico de Manhattan, ¿comprendes? He despertado a Jonathan Gould, el famoso doctor Gould. Un buen amigo también. ¿Crees que habrá otro mejor?

—Gould... El doctor Jonathan Gould, de la Fundación Russell... —Pestañeó Gallagher—. ¿Eso es cierto, Ross?

—¡Oh, por Dios, aún no estoy loco! —rechacé con disgusto—. Ni llegaré a estarlo nunca. No tendré tiempo para ello, seguro. Mi tiempo es ya tan corto... Sólo unas horas, amigo mío. Unas pocas horas... y todo habrá terminado.

—Habrá terminado... ¿el qué? —se excitó, volviendo hacia mí con disgusto.

—Mi vida —suspiré—. Mi vida, Gallagher.

Se quedó parado ante mí, contemplándome estupefacto. Sus ojos se dilataron más aún. Meneó la cabeza, con sobresalto.

—¿Otra vez con eso, Ross? —se quejó.

—Sí, otra vez. No hay otra explicación. No hay otra verdad. No miento ni deliro. No estoy ebrio. No tengo ganas de bromear. Tú

has notado mi estado febril, mi helado sudor... Es la muerte que se acerca, Gallagher. Que se acerca tanto, tanto... que ya está aquí. En mí, dentro de mi propio ser...

—Por el amor de Dios, ¿qué significa eso? Estás diciendo insensateces. Por enfermo que te encuentres, no puedes mostrarte tan pesimista, tan abatido, tan lleno de presentimientos horribles. ¿Qué te dijo ese médico el doctor Gould?

Le miré. Tomé aliento. Sentía escalofríos. Y unos espasmos estomacales, parecidos a la náusea. Pero todo eso no me sorprendía. Era lo previsto. Lo esperado.

Le respondí a Gallagher. Le dije lo único que podía decirle.

La pura, la estricta y terrible verdad. No esperaba que me creyese, ni siquiera ahora. Pero se lo dije:

—Estoy condenado a muerte, Gallagher —dije—. Sin remedio.

—¿Qué? —balbució. Se pasó una mano por su ancha frente, bajo los cabellos escasos, entre rubios y canosos. Empezaba a brillarle también la piel. Estaba sudando—. ¿A... muerte?

—Sí. Eso dije.

—Pero... Pero no tiene sentido... ¿Qué es lo que te ocurre? ¿Leucemia, cáncer...?

—No —negué—. Es más rápido. Más preciso. Más mortífero, si cabe.

Estaba contemplándome estupefacto. Sacudió la cabeza.

—¿Qué es, Ross? —me apremió.

Le respondí:

—Veneno. Gallagher. VENENO...

* * *

—¡Veneno...! No, no es posible, Ross...

No era el teniente Mark Gallagher, de Homicidios, quien estaba repitiendo mi palabra, escueta y rotunda. El se había quedado prácticamente sin aliento. Mirándome como si yo estuviera loco o delirando, víctima de aquella maldita fiebre.

Había sido ella. Ella, Carol. Carol Gallagher, rubia y suave, delicada y femenina, hogareña y apacible, como había sido siempre. La esposa de Mark.

Había aparecido en la puerta del fondo. Tras su silueta, envuelta en

la bata de seda color *beige* y marrón, la luz del dormitorio brillaba tenue en la madrugada fría. Incluso allí empezaba a hacer frío, pese a la calefacción eléctrica del confortable apartamento. O tal vez sólo sentía yo ese frío. Pero Carol se estremeció. Y Mark Gallagher descolgó su propio batín, para anudarlo sobre el pijama verde oscuro.

Nos miramos todos en silencio. Afuera seguía nevando. Vi los copos, flotando como papelitos blancos tras los vidrios empañados de la ventana, en un carnaval que tenía por escenario la vida toda, y por local de aquelarre el Nueva York invernal, con gentes que dormían o trabajaban en la madrugada, ajenas por completo a mi propia tragedia.

—Sí —musité, tras un silencio. Hundí la cabeza entre mis manos—. Es posible, Carol. Me han envenenado. Voy a morir. Estoy muerto, en realidad.

—Tonterías —enérgico, Mark Gallagher tomó el teléfono—: Llamaré al hospital. Un lavado de estómago, si es un compuesto de fósforo, nicotina o alcohol metílico... Alkali si es algún ácido... O vinagre, limón, y cosas así, si se trata de amoníaco, sosa cáustica, potasas...

—No, no te esfuerces —le retuve. Sonreí a la fuerza—. Es todo inútil. Mark. No hay nada de eso en mi cuerpo. Ni fósforo ni metílicos. Ni siquiera ácidos, sosas o benzol...

—Pero entonces... ¿qué clase de veneno es? —se excitó mi amigo—. Tiene que tener un antídoto, el que sea...

—No —negué—. Mi veneno... no tiene antídoto. Ningún antídoto.

—¡Eso es imposible! —rechazó.

—No, no es imposible. Ocurre, Gallagher. Está ocurriendo. Acabo de escapar del consultorio del doctor Gould cuando llamaba a un hospital para internarme. Escaparé también de tu casa, si es preciso, para evitar lo mismo. No quiero que me internen. No quiero tratamientos, porque sé que no hay remedio. Estoy condenado a morir. El veneno actúa ya. Avanza, dentro de mi organismo. Tiene un plazo, y se está cumpliendo de modo inexorable. Eso es lo que pretendía decirte.

—Concretemos, Ross. Soy policía, y quiero obrar como tal. Fría y serenamente, quiero decir. ¿Qué clase de veneno tienes en tu cuerpo?

—Sería difícil definirlo —suspiré—. Es prácticamente desconocido.
—¿Desconocido? Todo veneno, por poco conocido que sea, tiene un origen, una naturaleza. ¿Qué te dijo de eso el doctor Gould, por el amor de Dios?

—Que no tiene remedio. Ni antídoto. Es un virus de origen asiático. Inoculado por la picadura de un insecto.

—¡Un insecto! —se excitó—. Existen sales amoniacaes, modos de neutralizarlo...

—No éste. El virus estaba aislado. En incubación. Es potentísimo. Muy activo. No se ha encontrado aún antídoto alguno. Mala suerte, Gallagher.

Carol me contemplaba con estupor. Se acercó a mí. Pliso sus dedos en mis sienes. Notó mi elevada temperatura, me enjugó el sudor con un pañuelo, preocupadamente. Sentóse a mi lado.

—¿Cómo ha podido suceder, Marvin? —musitó—. Un virus asiático, procedente de un insecto. En Nuevo York, en pleno invierno... ¿Tiene eso sentido?

—Debe tenerlo —gemí—. No sé cómo, pero lo tiene. Gould me hizo un análisis de sangre. Lo descubrió. Todo resultó positivo.

—El doctor Gould pudo equivocarse —terció Gallagher—. Hasta los mejores médicos cometen errores.

—No hubo error. Ya antes estuve en el hospital. Me sentí enfermo esta noche. Fui a un centro sanitario... Me atendieron, me hicieron unas pruebas en Toxicología. Descubrí sus expresiones raras al mirarme... Me dijeron que esperase un momento. Eran tres médicos y dos enfermeras. Se ausentaron. A una alcoba contigua, Mark. Yo les seguí, escuché tras la puerta. Mencionaron una especie de ameba transmitida por picadura de insecto tropical, localizado recientemente en Asia. Una especie de mosca de los pantanos o algo así. Su nombre era complejo, muy raro. Produce una dolencia súbita, que incuba en pocas horas en el cuerpo humano o animal. Y causa la muerte en un período máximo de diez horas. A veces, la mitad de ese plazo es suficiente. Depende de la naturaleza del individuo, de sus reacciones, pero no existe remedio. Las sales amoniacaes pueden ir alargando la vida, pero no con exceso. Las diez horas son el plazo máximo, se haga lo que se haga.

—Esa mosca no puede sobrevivir en Nueva York, Ross —rechazó Gallagher—. Y menos, en pleno invierno, con muchos grados bajo

cero en las calles.

—Es lo que oí decir a los médicos del hospital —suspiré—. Ellos hablaron de... de una posible inoculación por inyección o pinchazo provocado. El virus puede ser aislado, cultivado en laboratorio. Quien aplique ese virus a alguien, le causa la muerte cierta.

—Pero... ¡Pero eso sería... un asesinato! —Dilató sus ojos, atónito, mi amigo Mark Gallagher, teniente de la División de Homicidios de Nueva York.

—Exacto —asentí tristemente—. Es lo que alguien ha hecho conmigo. Me han inoculado el veneno de ese maldito insecto intencionadamente. En resumen, amigo mío; me han envenenado.

PRIMERA PARTE

VIRUS

CAPÍTULO PRIMERO

—Asesinado. Eso es lo que han hecho conmigo; asesinarme.

Tan clara y deliberadamente como si me hubiesen acuchillado con un agudo estilete, atravesándome el corazón. O como hincarme una bala en el cráneo. O como hacerme beber un líquido repleto de cianuro. O envenenando mis alimentos con arsénico.

Sólo que esto era aún más cruel. Más perverso que una muerte vulgar. Era deliberada, sutil y maligna y lenta. Una forma perversa y malévola de matar a otro semejante.

Virtualmente, yo estaba muerto.

Muerto...

Resulta raro hablar de la muerte de uno, cuando todavía el cerebro responde lúcidamente, la sangre palpita en nuestras venas y arterias, el corazón late sin otro agobio que la tensión alucinante de los hechos conocidos, y los músculos y nervios responden a los impulsos de ese cerebro lleno de energía vital.

Sí, muy raro. Pero ése era mi caso. Desde el principio. Desde el momento mismo en que, tras aquella puerta entornada imprudentemente, en el Medical Center de Manhattan, capté las palabras de los médicos allí reunidos:

—Estoy seguro. Es ese virus...

—Sí, no hay duda. Todas las reacciones son positivas. Está clínicamente en estado agónico. Es lento, claro. Pero inexorable. No hay remedio.

—La enfermedad de Halsen... No, no conocemos antídoto. De todos modos, llamaremos al Centro de Toxicología de Nueva York, pero me temo que no puedan ayudar en nada a ese desgraciado. Ese insecto asiático... ¿Cómo pudo llegar su veneno hasta aquí?

—No le digáis nada. Retenedlo con cualquier pretexto. Sería terrible que se enterase. Al menos, le medicaremos en la medida de lo posible, haremos lo que sea necesario, lo humanamente realizable.

—Sabes que eso no va a servir de nada.

—Claro. Pero hay que hacerlo.

No sé lo que pensarían cuando salieran de su conciliábulo. Pero

entonces, yo no estaba ya allí. Horrorizado, con mis cabellos erizados, salía del hospital, lanzándome a la fría noche de Manhattan, en busca de algo que ni siquiera sabía lo que era. Pero, que, en modo alguno, podía ser un hospital, un encierro obligado, una cama, un tratamiento inútil una espera impotente del final irremisible.

No esperé. Sabía ser rápido cuando quería. Y ahora, si había de morir, quería que fuese afuera, en la ciudad, lejos de batas blancas, miradas compasivas y esfuerzos inútiles de la ciencia médica por salvar mi vida.

A veces, es mejor morir como un perro, en cualquier rincón callejero, aterido de frío entre amasijos de sucia nieve. Olvidado en la madrugada de la gran ciudad, mientras alguien se va alegremente a dormir, y alguien se levanta malhumoradamente a su cotidiano trabajo.

Y solamente unos minutos más tarde, yo estaba en esa madrugada de hielo y nieve, de frío y soledad, deambulando como un espectro por las calles, jadeando, sin sentir siquiera el frío, la nieve y el vacío triste y gélido de las calles con escaso tránsito, con el asfalto de las calzadas húmedo y resbaladizo, con las aceras repletas del blanco sucio de la nieve acumulada contra las fachadas.

Lejos del hospital. Lejos de los médicos. Lejos de todo lo que significaba tratamiento y hospitalización, lucha contra la muerte. Una lucha estéril, a juzgar por las palabras de aquellos mismos médicos.

Entonces me pregunté qué podía hacer. Y adónde podía ir.

Y sobre todo, me pregunté por qué.

Por qué...

¿Por qué yo, precisamente yo, estaba condenado a morir? Estúpida, absurdamente condenado, por algo que no entendía bien.

Un virus. Un mal inoculado en mi sangre por un insecto que no podía existir en el crudo invierno de Nueva York.

Y seguí adelante por la ciudad. Absorto, hundido en mis pensamientos, tan sombríos y helados como la propia noche.

Sin saber qué hacer, adónde ir, dónde morir, exactamente...

—Morir... ¿Cómo lo supiste, Ross?

Miré al doctor Gould con frialdad. Era mi amigo. No podía engañarme. Ni yo a él. Si todo era cierto, no valía la pena andarse con tapujos ni rodeos.

—Alguien me lo dijo —eludí vagamente—. Me dijeron que viniese a ti. Eres... Eres una autoridad en Toxicología, ¿no es cierto? Y en el estudio de enfermedades tropicales.

—Sí, Ross. He analizado tu sangre. Y pareces saber cuál es mi respuesta.

—Temo saberla. Sólo eso, Gould.

—¿Sabes algo de insectos tropicales de Asia, Ross? —me preguntó fríamente.

—No —negué—. No sé nada. Y no entiendo nada. Pero puedes ir directo al grano. Me han inoculado un veneno tropical, ¿verdad?

—Me temo que sí —resopló, inclinando la cabeza—. Cielos, Marvin, ¿dónde pudo picarte un insecto así? No pueden sobrevivir en un clima como éste.

—Olvida eso, Gould. Me lo he preguntado mil veces, camino de tu casa. ¿Hay... hay remedio? Un antídoto, una vacuna...

—No —negó rotundo. Me miró, compasivo, dolido—. No lo hay. Pareces saberlo ya, Ross.

—Lo temía —susurré—. De modo que no existe solución...

—Ninguna —puso su mano sobre el teléfono—. De todos modos, avisaremos al Centro de Toxicología Médica. Pueden prolongar el proceso letal, buscar un posible remedio.

—Sabes que eso será inútil, Gould.

—Sí, lo sé. Pero nunca se sabe lo que Dios nos reserva. Existen milagros, Ross...

—¿Incluso en Medicina? —dudé, irónico.

Suspiró, sin responder. Levantó el teléfono, comenzando a marcar un número. Mientras hablaba, iba haciendo girar el dial con su dedo, casi mecánicamente:

—La Ameba Z, o Virus Zimbalist... tuvo que ser aislado químicamente en algún laboratorio y traído a Nueva York. Sólo es posible que una inyección, un pinchazo con una aguja repleta de ese virus, pudiera inocularte el mal de Halsen, Ross. No lo entiendo, pero es lo único que se me ocurre y que...

No siguió. No le dejé. Había terminado de marcar su número e iba a

hablar. Yo le pegué un golpe seco con su cenicero de grueso vidrio, tras la oreja. El eminente doctor Jonathan Gould recibió el impacto con cierta expresión de estupor, y se desplomó sobre su alfombra de moqueta, espesa y blanda, sin un solo gemido.

Luego volví a escapar.

No sabía de qué, ni me importaba. Pero escapé.

Era ridículo, porque mi mayor enemigo, acaso mi único enemigo, iba conmigo.

Y ese enemigo era la muerte.

Nadie escapa de algo que lleva consigo. Pero aun así, escapé de la vivienda de mi amigo Jonathan Gould, especialista en Toxicología.

* * *

Escapar...

No tenía sentido hacerlo. Pero yo quería escapar. *Los humanos* hacemos muchas veces cosas sin sentido. Y eso que la muerte es siempre una cita a largo plazo. O eso imaginamos, cuando menos. Mi caso era diferente. Muy diferente. No tenía, por tanto, motivo para reproche.

Estaba haciendo algo inútil e incluso insensato. Bien. Lo sabía, y lo aceptaba así. A fin de cuentas, era mi vida. Algo que me pertenecía a mí. O me había pertenecido.

Ya no. No me pertenecía. Ni mi vida, ni mi tiempo, ni mi futuro. No tenía vida, ni tiempo ni siquiera futuro. No tenía nada. Solamente unos minutos, acaso unas horas.

Luego... nada.

Como yo hubiera dicho, de ser Hamlet, sólo el silencio eterno. Pero yo no era Hamlet, ni tenía un sentido trágico de lo fatalista. No aceptaba mi destino. No quería aceptarlo en modo alguno. Sólo que eso no acostumbra a ser suficiente. El reo a muerte es ajusticiado sin que nunca acepte esa decisión, ajena a su voluntad. Era mi caso, con leves diferencias. Y ni siquiera tenía un fiscal, un juez o un verdugo a quien maldecir.

Estaba solo. Sólo conmigo mismo, y con lo que llevaba encima. Y lo que llevaba encima, era, ni más ni menos, que... la muerte.

Mala compañera de viaje. Pésima camarada de penas y fatigas, porque ella no perdona nunca. Cyrano hubiera dicho que era una

«vil desnarigada que osaba medirse con él». Pero la fea Parca, con su risa macabra y eterna, se medía con todos nosotros, tarde o temprano. Y acostumbraba a vencer siempre. Siempre.

Aún así, estúpido, ciego y necio de mí, yo huía. Huía de un hospital, del doctor Gould, de un tratamiento. Huía de todo y de todos. Pero no podía huir de ella.

No. Ella iba conmigo. Eso era lo peor de todo.

Y sin saber cómo, dando vueltas a todo eso en la febril vorágine que era ahora mi cerebro enloquecido, me encontré frente a las luces de aquellas ventanas familiares.

Frente a mi propia casa.

* * *

Mi casa...

Eso tenía mucho de irónico. De sarcástico, de cruel. ¡Mi casa!

Ya no lo era. Ya no. Era de ella.

Ella...

Arlene. Era la dueña de todo. Ahora se estaría posiblemente desnudando voluptuosamente ante el espejo del dormitorio. De su dormitorio. El que había sido nuestro dormitorio.

Clavé de nuevo mis ojos febriles en los rectángulos iluminados, velados tenuemente por las pulcras cortinas color ocre. Arlene... Resultaba extraño mirar a la casa, a las ventanas, como a algún extraño, ajeno a uno mismo. E imaginarla a ella como a alguien lejano, desligado de la propia vida. A ella, que llevaba mi mismo apellido.

Arlene Ross. La esposa de Marvin Ross. Mi esposa.

Los trámites legales estaban avanzados ya. Un día u otro de aquella próxima semana, como máximo, el juez se pronunciaría, concediéndonos la separación.

Tenía gracia. La separación... Ella sería viuda antes de ser divorciada. Una curiosa y rara pirueta del destino. No le guardaba rencor. Ni siquiera eso. Creo que ya no la amaba. La amé alguna vez, eso sí. De ella, no estaba seguro. Quizá también, pero eso quedaría siempre en la duda. Sobre todo, para mí. Me moriría ésa misma noche, sin saber la verdad sobre ella. Y quizá tampoco sobre mí mismo.

No sé por qué subí. Era absurdo hacerlo, pero lo hice. El conserje me conocía demasiado para negarme el acceso. Me saludó vagamente, mientras telefoneaba en la centralilla. Subí. Y llamé. Me resultó raro llamar en mi propia casa. Como una visita. Como un extraño. En el fondo, lo era ya. Lo había sido siempre, en realidad.

Arlene abrió.

Me sorprendió verla allí. Frente a mí. A medio vestir solamente. Llevaba un alto vaso de combinado en una mano. Su bata color fresa, abierta de cintura para abajo. Sus piernas eran todo lo bonitas que habían sido siempre.

Se quedó mirándome, asombrada. La vi vacilar. Casi asustada, creo.

—Marvin... ¿Tú? —musitó.

—¿Esperabas a otra persona, tal vez? —Traté de ser incisivo.

—Puede que sí —me replicó, cortante. Se dominó, volviendo a ser la mujer fría de siempre—. Eso ya no es asunto tuyo, Marvin.

—Cierto —asentí—. Perdona.

—No hay nada que perdonar —me estudió, molesta—. ¿A qué has venido?

—No lo sé —me encogí de hombros.

—Si has bebido y quieres sentirte ofensivo, pudiste ahorrarte la molestia. Si lo que pretendes es mostrarte melancólico o sentimental, te diré que pierdes el tiempo. Ya no hay razón. Es demasiado tarde, Marvin.

—Creo que cometí un error al subir —moví la *cabeza*, de un lado a otro—. No debí hacerlo.

—No, no debiste hacerlo. Vete, Marvin. Las cosas son como son. Ya nada puede cambiarlas.

—Por un momento pensé que...

—Pensaste mal —suspiró—. Vete, Marvin. Es lo mejor que puedes hacer.

—Sí —asentí—. Es lo mejor. Buenas noches, Arlene.

—Buenas noches, Marvin —me estaba mirando fijamente. Creo que brillaban sus pardos y bonitos ojos. Se cubrió instintivamente los muslos con su bata—. Deberías abrigarte un poco más. Hace frío para ir a cuerpo por ahí.

—A cuerpo... —Me toqué las ropas. Por vez primera me daba cuenta de que había dejado en alguna parte mi sobretodo. ¿Dónde?

¿En el hospital, en casa del doctor Gould? No hubiera podido saberlo—. Oh, es verdad. Pero no tengo frío, Arlene.

—Es raro —me miró, intrigada—. Tu piel brilla con el sudor. Nunca fuiste caluroso, Marvin. Y estamos bajo cero. ¿Qué te sucede?

—Nada —sonreí, forzado—. Nada aún. Mañana lo sabrás, Arlene. Mañana. No necesitarás ya de... de la decisión judicial, seguro...

Reí entre dientes, burlándome de mí mismo, de ella, de la ironía del destino. Y mientras ella me contemplaba como si me hubiese vuelto loco yo bajé de nuevo las escaleras, riendo sarcásticamente, sin importarme demasiado el regreso a la noche, a la nieve, al frío y a las calles desoladas.

Salí del edificio. El conserje no me vio esta vez. Estaba hablando por teléfono todavía, inclinado sobre la centralilla, con tono excitado. Tampoco me molesté en llamar su atención. Salí de la casa.

Entonces vi el coche que se detenía ante ella, Y reconocí a su conductor.

Reconocí a Aaron Levine. Era un buen amigo. Pero allí no tenía nada que hacer. A menos que mis sospechas de antes hubieran sido ciertas... y él fuese el amante de Arlene. El nuevo hombre de su vida, cuando dejase de ser legalmente la señora de Marvin Ross.

Me hice a un lado. Me metí en la inmediata tienda de tabacos y publicaciones ilustradas. Adquirí un paquete de cigarrillos mientras Aaron Levine entraba en la casa. Encendí uno en la acera. Crucé la calzada hasta el lado opuesto.

Arriba, las luces de las ventanas se apagaren. Podía ser significativo. Aplasté el cigarrillo recién encendido, bajo mi zapato, en el suelo salpicado de nieve sucia. Y me alejé. Ya no tenía nada que hacer allí.

* * *

Eso había sido todo.

Todo, antes de llegar a casa de Mark Gallagher, teniente de policía. Un rápido repaso a los últimos acontecimientos, desde mi huida del Medical Center, terminaba justamente ahí.

Claro que eso no era todo. No podía ser todo. Antes tuvo que suceder algo. Algo importante. Muy importante.

La inoculación del veneno.

El virus o ameba del insecto asiático. La inyección o pinchazo... Pero ¿dónde? ¿Cuándo?

No tenía mucho sentido. Escorzando mi mente, no localizaba en mis recuerdos ese instante supremo. Ese momento crucial, en el que alguien hizo de mí, Marvin Ross, un difunto. Ese instante en que de un hombre vivo, alguien creó un cadáver.

Repasar todos los acontecimientos del día daba poca luz a los hechos. Muy poca. No podía encontrar el momento adecuado para la inoculación. Un pinchazo, forzosamente, tiene que notarse. Una inyección, es imposible administrarla, en especial intravenosa, sin que el paciente lo advierta.

Y a mí nadie me había inyectado cosa alguna en todo el día. Nadie tocó mis venas, hasta que en el hospital me extrajeron sangre para el análisis, o cuando el doctor Gould repitió la suerte en su propio domicilio. Y para entonces, yo estaba ya envenenado.

Mis esfuerzos por encontrar una explicación a todo aquello eran inútiles. Sobre todo ahora, en la confusión de aquellos momentos alucinantes, corriendo sin sentido por las calles, entre nieve y frío, despidiendo gélido vaho por los labios, sintiendo la caricia helada de los copos blancos en la piel, sin rumbo fijo en la gran urbe.

Sólo recordaba que había vuelto a mi alojamiento. Mi alojamiento provisional, en el hotel Abbey, en West Fifty First Street. Una habitación individual de nueve dólares diarios. Ni de las mejores ni de las peores. Allí recogí Un abrigo de mezclilla gris, para protegerme del frío. Me tenía sin cuidado morirme congelado o bajo el efecto del veneno, pero quería hacer algo.

Y ese algo, era visitar al único amigo capaz de ayudarme, si es que existía alguno en Nueva York.

Ese amigo era Mark Gallagher, teniente de Homicidios. Si él no podía hacerlo, nadie lo haría en la ciudad. Ni en el mundo entero.

No quería ayuda médica. Ni que luchasen por mi vida. No; eso no tenía ya mucho sentido. Ni ofrecía demasiadas esperanzas, tras comprobar que los médicos del hospital y el eminente especialista Jonathan Gould opinaban exactamente igual. Lo único importante ahora para mí, era algo que no me alargaría la vida. Algo que tenía muchos visos de revancha.

Quería que descubriesen por qué.

Por qué yo, Marvin Ross, que no había hecho daño a nadie, era la víctima de un asesino.

Y, sobre todo, quién era el asesino.

Por eso fui a ver al teniente Gallagher. Quería que me hicieran justicia, que me vengasen o como quisieran llamarle a aquello. Pero que alguien pagara por mi muerte. Alguien que me había inoculado el mal parasitario de Asia.

Alguien, en algún momento, en alguna parte de Nueva York, durante aquel día.

Alguien de quien yo nada sabía. Alguien de quien yo no podía sospechar en absoluto, fuese quien fuese.

CAPÍTULO II

—De modo que es eso lo que quieres.

—Sí, Gallagher. Sólo eso...

—A estas horas, ¿sabes lo que estará ocurriendo en alguna parte de esta ciudad? Un médico habrá avisado a la policía, explicando lo que sucede, dando tu nombre, diciendo que le agrediste para huir, pero que urge aplicarte tratamiento médico por ser un caso desesperado. También el hospital reclamará al paciente evadido con igual urgencia. La policía te buscará por doquier... Y mi obligación moral es entregarte para que intenten ayudarte en la medida de lo posible. Como policía, como ciudadano... y como amigo.

—En la medida de lo posible... —Moví la cabeza con disgusto—. Mark, sabes que eso no conducirá a nada.

—Tú lo has dicho. Debe confiarse en que los médicos lo intenten todo. Absolutamente todo. Otra cosa, es un suicidio.

—No, Mark. Es un asesinato, y lo sabes.

—Pero... ¿por qué? ¿Quién desea tu muerte? ¿Cómo pudo suceder eso?

—No lo sé —suspiré—. Y eso es lo desesperante. Tuvo que ocurrir algo, lo que fuese. Sólo que lo ignoro, Mark, y eso es lo desesperante.

—Pero tendrás enemigos, alguien que te tenga odio, o que gane algo con tu desaparición, Marvin —se exasperó él.

—Que yo sepa, no —negué—. Nadie desea mi muerte.

—¿Seguro? —Me miró, fría, irónicamente—. ¿Ni siquiera... Bugsy Kellog?

Me quedé callado. Perplejo. Repentinamente anonadado por la mención de un nombre.

Bugsy Kellog...

—Cielos, había llegado a olvidarle... —musité, estremeciéndome.

Carol Gallagher puso ante mí una taza de infusión. La miré, tratando de negar. Ella me alentó, con una vaga sonrisa que tenía mucho de amarga.

—Vamos, Marvin —exigió—. No puede beneficiarte en nada, pero

tampoco te va a perjudicar. Disolví un sedante nervioso en la infusión. Y un poco de antipirético. Te irá bien. Quizá suavice tu fiebre y calme tus nervios.

—Eso estará bien —ponderé, sarcástico—. Me permitirá morir apaciblemente.

—Lo siento, Marvin —se dolió ella—. No puedo hacer nada por evitar eso...

—Perdona, Carol —oprimí la mano que me tendía la taza humeante—. Eres una gran chica. Lo mismo que Mark. No tomes en cuenta mis palabras.

—Claro que no. Anda, toma eso. Si necesitas algo más, dímelo.

—No, gracias —tomé un sorbo de la infusión, dulce y agradable. Miré a Gallagher—. Hablaste de... de Bugsy Kellog.

—Eso es. ¿Cómo pudiste olvidarlo?

—No sé... —Me toqué la frente. Estaba ardiendo. Y el sudor seguía siendo frío—. Quizá porque la citación será dentro de un mes como mínimo.

—Pero es una citación como testigo —me miró, fijo—. Testigo de asesinato, Marvin.

—Sí, lo sé... Hubo un tiempo en que esperé una ráfaga de ametralladora, una bomba de relojería o algo así... Luego lo fui olvidando todo. Llegué, a pensar que no había riesgo alguno en esa presentación mía ante el Jurado.

—Y, de repente, el peligro se materializa. Sin remedio, Marvin.

—¿Obran así los *gangsters*, Mark? —dudé, buscando sus ojos.

—Habitualmente, no. Utilizan armas de fuego, navajas, picos de partir hielo, explosivos o vitriolo. Pero nunca un... un virus. Eso no tiene sentido, lo admito. Sólo que Bugsy Kellog es un hombre extraño, todo astucia. Sería capaz de todo. Incluso de contratar a un asesino a sueldo muy especial. A un poseedor de venenos tropicales, por ejemplo, si con ello alejaba de sí toda posible sospecha.

—Aun así, no creo que esto sea cosa de Bugsy Kellog.

—No lo parece. Pero no puedes afirmar tal cosa, Marvin.

—Es algo que mi instinto me dice. Kellog hubiese utilizado algo más directo, más brutal. En esto hay... hay algo extraño, no sé lo que ello pueda ser, Mark. Una mente diabólica, astuta, tremendamente cruel ha imaginado una forma especial de asesinar a un hombre y... la experimentó en mí.

—Para eso hizo falta un motivo —me recordó Gallagher—. Nadie, elige una víctima al azar, cuando la idea os cometer un asesinato.

—Sí, pero ¿qué motivo existiría en mí?

—Tú lo sabes: el único que yo conozco está en Bugsy Kellog. Si declaras ante el jurado, irá a la silla eléctrica o, como mínimo, a un presidio de por vida. Y él lo sabe.

—Siempre lo ha sabido —suspiré—. Pero no ha intentado nada contra mí. Solamente un vago empeño de soborno... y ha sido todo.

—¿Sin amenazas?

—Sólo veladas —sonreí, sarcásticamente.

—Ya. Esto puede ser la materialización súbita de una de esas veladas amenazas —silabeó fríamente el teniente Gallagher, sin desviar sus ojos de mí.

—Pudiera ser. ¿Tú lo crees?

—No... No sé qué creer —resopló, pasándose una mano por el rostro. Su gesto era de aturdimiento, de duda—. ¡Infiernos, Marvin, eres tú quien estás en inminente riesgo de muerte y lo tomas así, como si nada sucediera! ¡Mientras yo estoy que estallo, viéndote ahí perder tu tiempo, tus preciosos minutos, sin que yo pueda hacer nada por ti!

Rápido, brusco, se precipitó sobre el teléfono. Lo alzó empezando a marcar. Carol le miró, indecisa. Yo me levanté de un salto y apoyé la mano sobre el soporte del auricular, interrumpiendo toda comunicación.

—Espera —mascullé—. ¿Qué pretendes ahora?

—Llamar a médicos, hospitales, a Sanidad Nacional, a quien sea —estalló—. No voy a verte morir así, estérilmente cruzado de brazos. Marvin. Si alguien tiene un medio serán los servicios sanitarios federales. Y a ellos recurriremos inmediatamente. Quitla la mano de encima. Voy a llamar a Washington. En pocas horas removerán todo de arriba a abajo —consultó su reloj, frenético—. Son las doce y diez de la noche. Antes de las ocho de la mañana habrán logrado salvar tu vida, estoy seguro.

No aparté mi mano del teléfono. Le miré gravemente, con ojos helados.

—Espera, Mark —dije—. No sabes lo que dices.

—Déjame llamar, y te lo probaré.

—Agradezco lo que pretendes. Pero es inútil. He llamado ya a

Sanidad antes de venir a verte. Les habló de la enfermedad de Halsen, del virus Zimbalist. Su informe fue escueto. No existe remedio conocido. Además, a las ocho de la mañana ya habré muerto. Recuerda que no acaban de inocularme ahora el virus. Estoy envenenado por el tóxico de ese maldito insecto asiático desde antes de las nueve de esta noche. Eso quiere decir que, como máximo... a las seis o las siete de la mañana seré cadáver. Irremisiblemente, Mark. Hagas tú lo que hagas ahora.

—¡Pero hay que intentarlo! —aulló él, enrojeciendo violentamente.

—Intentar, ¿qué? —Sonreí, encarándome a él—. ¿Que muera apaciblemente, rodeado de batas blancas, de falsos antídotos y de muros también blancos y asépticos, en un hermoso y pulcro hospital lleno de recursos que no me sirven para nada? ¿Es eso lo que pretendes acaso?

—Pretendo salvarte, Marvin.

—No hay salvación, y lo sabes.

—¡Intentarlo, cuando menos!

—Es inútil intentar lo que no se puede alcanzar.

—Entonces... ¿qué quieres? —jadeó—. ¿Por qué viniste a mí, en tal caso, en plena noche, despertándome de mi sueño para enfrentarme a un hecho tan horrible como éste? ¿Qué esperas de mí, exactamente?

—Justicia —le dije, con frialdad.

—Justicia... —Me miró, perplejo—. ¿Qué clase de justicia?

—Después de mi muerte, Mark. No te he pedido nada aún. Sólo pido eso ahora, puesto que tú encaras el hecho. Justicia. Para raí. Para mi muerte. Justicia sobre el asesino. Sea quien sea. Tu misión es ésa descubrir culpables. Entregarlos a la justicia. No eres médico ni científico. No puedes hacer nada en este terreno ni yo lo espero. Vine a pedirte que investigues. Que encuentres al culpable. Y que un día, cuando yo no exista ya, tú puedas decir: «Amigo Marvin, tu ruego está cumplido. El ser que dispuso tu muerte, va a pagar su delito».

Hubo un silencio. Yo retiré la mano del teléfono. El dudó, luego colgó el auricular. Carol fue a su lado. Oprimió su mano, y me miró a mí.

—Sí, Mark —le dijo a su esposo—. Entiendo lo que pide Ross. Es lo único factible ya, si es que ese mal es tan mortífero y sin remedio.

Pudo haber error en los médicos del hospital, en el doctor Gould.

—¿Error? —Reí con cierto histerismo. Busqué en mis bolsillos. Encontré un pequeño volumen de tapas oscuras y lo tiré sobre la mesa—. Lee eso. Es un tratado de moderna toxicología, Mark. Lo he obtenido esta noche. Lo robé.

—¡Marvin!

—Lo robé, sí —reí, sarcástico, de nuevo—. Puedes hacerme arrestar por eso. Fui a un centro de investigación médica de la Fundación Russell, donde Jonathan Gould es médico director de sala. Pedí permiso para visitar la biblioteca. Como periodista, obtuve autorización. Robé ese volumen. Lo he leído una y cien veces en poco tiempo, Mark. En su página ciento once, exactamente. Examínala, Verás enseguida lo que quiero decir.

No comentó nada. Tomó el pequeño volumen, lo abrió por la página indicada. Estaba tan manipulada, que apareció en el acto. Le vi leer en silencio. Miró a Carol. Y ella a él. Se acercó su mujer al volumen. La oí leer, con su voz suave, como un sedante. Incluso un tema tan espantoso para mí, resultaba apacible y calmoso en su tono de voz:

—«Mal de Halsen. Moderna enfermedad virulenta, transmitida por el veneno mortal de una diminuta mosca asiática, que solamente ha sido erradicada de modo parcial en la zona de Hong Kong y Macao, pero todavía existe en el sur de China y en zonas pantanosas de Birmania y Laos, existiendo indicios concretos de focos infecciosos en el norte de Thailandia y en algunas regiones orientales de la India y Pakistán. Completamente imposible de extenderse en países de alto nivel sanitario o de temperaturas variables o con propensión a inviernos crudos. No se conocen antídotos ni vacunas contra semejante mal, descubierto por Johan Halsen en 1923, y estudiado como virus por el profesor Saúl Zimbalist en 1947, logrando aislar uno de los amebas, llamado Ameba Z por la inicial del apellido del profesor Zimbalist, o bien virus Zimbalist. De cualquier modo, todo intento hasta ahora, de hallar un antídoto eficaz, resultó inútil. Y el virus, tras una inoculación en un ser humano, es inevitablemente mortal, sin remedio alguno, teniendo un período crítico situado entre seis y nueve horas, aproximadamente, aunque se conocen casos en que el inoculado llegó a vivir hasta doce horas, pero son excepcionales y poco frecuentes. Los síntomas habituales del mal son sudores, náuseas, vómitos, fiebre elevada, sed creciente,

calambres pausados, y al fin paulatino debilitamiento físico con principio de parálisis parcial y debilitamiento visual que va desembocando en ceguera casi absoluta».

La lectura había terminado. Carol enmudeció. Su esposo me miró sin saber qué decir. Yo me volví a mi asiento en el sofá. Era el menos impresionado de todos. A fin de cuentas, yo sabía lo que sucedía. Y lo que iba a suceder. Ellos no habían llegado a tomarme completamente en serio, al menos hasta ahora.

—¡Oh, Marvin, es tremendo...! —musitó Carol Gallagher.

—Sí, creo que sí —admití gravemente.

—De todos modos, podríamos intentar... —comentó Gallagher.

—No —rechacé—. Es mejor no intentar nada, Mark. Te lo ruego.

Otro silencio tenso. Carol se sentó al fondo de la sala. Mark Gallagher me miraba, indeciso. Su voz era preocupada cuando me interpeló:

—Hay que hacer algo, de todos modos. ¿Qué has pensado, Marvin?

—Nada —suspiré—. Sólo te pido que descubras a mi asesino. Para eso he venido.

—No me has dado muchos datos aún. ¿Por qué no tratas de ayudarme?

—¿En qué modo? —quise saber.

—No sé... Es evidente que durante el día de hoy, sin duda durante la tarde, te inocularon ese veneno. Trata de recordar dónde estuviste hoy, con quién has hablado, a qué personas viste o estuvieron cerca de ti, qué lugares pudieron ser los adecuados para inyectarte de algún modo, sin que te enterases de ello... En fin, Marvin, repasa tus movimientos, tus pasos de todo el día, en especial a partir de determinada hora en que, según el cálculo de ese período de incubación del veneno, fue más factible el hecho.

—Lo he estado intentando ya con anterioridad —suspiré—. Hice un cuadro con todas mis actividades de hoy. Recuerda que es viernes, y por tanto, una fecha de escasa actividad vespertina. Mi trabajo terminó a mediodía, fui a comer, y visité el Club de Prensa a la una y media. Tomé allí una copa, salí a eso de las dos y unos minutos.

—Demasiado pronto, aún —frunció el ceño Gallagher—. Digamos que el período crítico para una investigación formal podría empezar... sobre las seis o siete de esta tarde y no antes, a juzgar por ese libro y por lo que te dijo el doctor Gould.

—Seis de la tarde... —entorné los ojos, pensativo. Me retrepé en el sofá, como si buscara reposo. Pero no era eso lo que yo quería. No ahora. Me iba a sobrar tiempo para el reposo y el sueño. Toda una eternidad. Tras unos momentos de reflexión, traté de recordar en voz alta—: Sí... Es posible que tengas razón. Ocurrieron cosas. Visité sitios... Sitios donde todo pudo suceder, sin que yo me diera cuenta. Sólo que... no creo que ocurriese nada allí.

—Eso es cosa mía —me atajó, agresivo. Trató de mostrarse benévolo al añadir—: Yo soy el policía, Marvin. Debo juzgar por mí mismo. Habla, te lo ruego. ¿Qué pasó hoy, a partir de las seis de la tarde?

Yo traté de responderle. Evoqué los acontecimientos. Primero, en mi mente. Luego, de viva voz, desgranando esos recuerdos tan cercanos, y sin embargo, aparentemente tan lejos de mí como mi propia vida joven, que se extinguía por momentos.

* * *

—¡Marvin Boss, en persona! ¡Muchacho, esto es maravilloso! ¿Tu chica te dejó ya libre?

Miré a la que hablaba, con cierto disgusto. No me gustaba su modo de decir las cosas. En alguna parte de la ruidosa sala, un reloj dio las seis en punto. Miré mi reloj. Aquel otro adelantaba un poco. Eran las seis menos cuatro minutos, exactamente. Y yo no acostumbraba a fallar en esas cosas. Ni mi reloj, tampoco.

—Escucha, monada —repliqué—. Mi «chica», sigue siendo legalmente mi esposa. Ocurra lo que ocurra entre ambos, aún es la señora Ross. Y no necesito que me deje libre. Voy adonde quiero, y cuando quiero. De modo que deja tus bromas para otra ocasión.

Sheila King era una muchacha llena de curvas y de picardía, pero también de malas pulgas. Cuando le repliqué así, no le gustó. Agitó su melena rubia, dorada, casi blanca, sobre los hombros desnudos, con un bamboleo estremecedor de senos en su descote profundo. Se separó de mí. Luego, su voz sonó agria.

—Está bien, encanto. No volveré a comentar nada, si lo tomas así.

—Seguro que lo tomaré así —repliqué, tajante—. ¿Está Dinah por aquí?

—Búscala tú mismo —me replicó, apoyando las manos en sus

caderas de ánfora, siluetadas agresivamente por el vestido color frambuesa. Se alejó, contoneando sus nalgas de un modo electrizante, que arrancó silbidos a muchos de los presentes, e incluso provocó un sonoro cachete de alguien, que a ella le hizo muy poca gracia.

Me encogí de hombros. Sheila King era así. Igual caía rendida en brazos de uno, estrujándole los labios a besos, que exhibía sus uñas de gatita furiosa. Me tenía sin cuidado. Las rubias explosivas nunca fueron mi tipo. Los perímetros torácicos de gran dimensión, tampoco me entusiasmaban, salvo para anunciar corpiños en la página publicitaria de mi periódico.

Busqué a Dinah por entre aquel bullicio de gentes diversas. El Modern Fox Club era un lugar anárquico, donde todo era posible. Desde ver ebrios a docenas, hasta contemplar a alguien saboreando zumo de tomate y recitando a Walt Whitman. Últimamente habían surgido incluso discípulos de Rahví Shankar, y entonaban melodías hindúes con instrumentos de cuerda. No me hubiera sorprendido saber que también se consumían estupefacientes en el mostrador, como el que ingiere un

gin-fizz.

Dinah estaba con dos personas, al fondo de la sala. Al verme, se levantó con sorpresa, y corrió a mi encuentro. Desde luego, no tomaba jugo de tomate, pero tampoco parecía un refresco de LSD lo que tomaba, ni su cigarrillo de boquilla dorada me olió a opio.

—¡Marvin, querido! —gritó con entusiasmo. Y se colgó de mi cuello espontáneamente—. ¡Es la más bella sorpresa de toda la semana! ¿Qué te ha traído por aquí?

—No estoy muy seguro de ello —reí—. En primer lugar, divertirme un poco en mi fin de semana. Tengo libertad plena hasta el lunes, a las siete en punto de la mañana, Dinah.

—¿Libertad total? —dudó ella—. ¿Incluso...?

—No —me apresuré a negar—. Eso, no. La próxima semana, Dinah.

—Entiendo —pareció algo desencantada, y se descolgó de mi cuello—. No te beso, por si los abogados de Arlene aparecen por ahí, haciendo fotografías comprometedoras.

—No sufras por eso —reí—. Puedes besarme cuanto quieras,

Dinah. Hemos llegado a un acuerdo amistoso ante el juez. No hay solución alguna que no sea la separación. Es mutuo el deseo, y no exigimos nada ninguno. Ni me pide indemnización ni se la niego yo, si la reclama. Creo que prefiere casarse.

—¿Con Aaron Levine? ¿O con el joven doctor Vince Grayson? —bromeó ella.

—Eso no tiene mucha gracia —torcí el gesto—. Aaron es un amigo. Puede que ella lo elija como futuro esposo. Tiene dinero, y se ha casado ya tres veces, siempre con esposas anteriores de otros amigos. Me tiene sin cuidado a quien elija. Lo que me molestaría es que alguno de sus predilectos... hubiese sido ya su amante durante nuestro matrimonio.

—No he dicho tanto. Ni lo afirmaré nunca, Marvin —dijo ella, muy seria—. Eres lo bastante atractivo y varonil para que no comprenda siquiera por qué una mujer puede abandonarte. Aunque fueses tú quien quisieras abandonarme y yo fuera tu esposa, seguiría pegada a ti como una sanguijuela, hasta el fin del mundo. Quizá te ganase por agotamiento.

—Quizá —reí de buena gana. Dinah tenía esa virtud, siempre lograba hacerme reír, aunque fuese a verla de auténtico mal humor. Además de una estupenda cronista de sociedad y comentarista de modas, era una gran chica. Miré a sus acompañantes casi por primera vez. Eran un hombre y una mujer. Me resultaron completamente desconocidos—. Pero creo que he venido más a estorbar que a otra cosa, encanto.

—No, no estorbas nunca. Y menos, a quienes por ser mis amigos, lo son también tuyos. Aunque nunca los hayas visto antes —los mostró con su proverbial simpatía—. Son una pareja maravillosa. Como todas las personas que yo trato.

Reímos todos su ocurrencia. Antes de que la voluble y mundana Dinah Kelly nos hiciera las presentaciones, el hombre, alto y enjuto, de ojos rientes y boca grande, juzgó oportuno hacerlas por ella:

—Soy Lionel Jordan. Ella es Wanda, mi mujer. Acabamos de llegar a Nueva York tras un largo viaje. Wanda escribe libros voluminosos y terriblemente caros, y yo dibujo a veces sus

portadas, si me deja tiempo mi trabajo en la Agencia Acmé. Supongo que usted es Marvin Ross, el periodista. Dinah nos ha hablado mucho de usted...

—Oh, no le digáis más —cortó ella, riendo—. O se creerá todos los elogios que yo no he llegado a hacerle, y no habrá ya quien le aguante en lo sucesivo.

Me senté con ellos. Pedí un combinado, y me dispuse a pasar una tarde agradable con ellos. En el momento de acomodarme, sentí un fuerte empujón en mi espalda. Me volví, sorprendido.

—Disculpe —dijo un hombre alto, de abrigo azul marino, con sombrero oscuro.

Y siguió adelante, perdiéndose en el bullicio de la sala. Únicamente llegué a advertir sus gafas con montura metálica, pero me era totalmente desconocido. Y no volví a verle en toda la tarde.

Pero el incidente careció de importancia. Y la voluble charla de Dinah, unida a la simpatía jovial de Lionel Jordan y la inteligente y vivaz imaginación de su esposa, la escritora Wanda Jordan, que empezó a hablarme de sus viajes por exóticas latitudes, me hizo olvidar esa tontería.

E incluso olvidé mis propios problemas personales, incluido mi futuro sin Arlene, sin hogar, sin familia...

Aún no podía saber, aquella ruidosa tarde del viernes, con la nieve empezando a solidificarse en las calles de Nueva York, que ni siquiera poseía ya futuro.

Eso lo supe más tarde. Cuando me enteré de que la muerte era lo único que iba conmigo en aquel gélido día invernal, destinado a ser el último de mi vida.

CAPÍTULO III

Era muy fuerte la nevada cuando abandonamos el Modera Fox Club, y nos aventuramos por Broadway, en busca de nuestros respectivos automóviles.

El joven matrimonio Jordan se despidió de nosotros, tomando su pequeño coche utilitario de fabricación japonesa. Se perdieron en la nevada calle, agitando jovialmente sus brazos amistosos.

Dinah y yo nos quedamos solos en la acera, bajo la cornisa *de* un cinematógrafo vecino, viendo caer los *copos de nieve* mientras nos sonreían desde las *carteleras Sophia* Loren y Peter O'Toole.

Nos miramos luego, *sonrientes ambos*.

—¿No trajiste tu coche, Dinah? —*indagué*.

—*Tuve un pequeño percance esta mañana —me explicó— Lo he dejado en el garaje. El lunes o martes estará listo otra vez. Pero puedo tomar un taxi hasta casa y...*

—*¡Ni pensarlo!* —*rechacé* vivamente—. Te acompaño.

—Oh, *Marvin*, *eso será* mucha molestia. La noche es *infame*, el *suelo parece* una pista *de* hielo y...

—Y yo soy tan hábil sobre el hielo, con un coche, como los bailarines de «Holiday on Ice» sobre sus patines —*reí*—. Está decidido. Te llevo a casa. Además, el último martini me abrió el apetito. Quiero tomar algo, y tú tendrás alguna cosa por tu frigorífico...

—Seguro —*rió ella*—. Te invitaré a cenar, si es lo que buscas.

—No, de veras —*rechacé*, sonriendo aún—. Me conformo con picar un poco. Mi jefe me ha invitado a ir con él esta noche, a su restaurante habitual, a probar unos platos chinos realmente deliciosos, en Canal Street. Es un nuevo local, y debo visitarlo hoy, o quedará mal con Scott Neville. Y eso es algo que él no puede soportar, ya le conoces.

—El viejo tigre Neville... —*asintió ella*, de buen humor, mientras íbamos a por mi coche—. Claro. Dicen que va a ser nombrado

director de tu periódico cualquier día.

—Es lo que se rumorea. De redactor jefe, a director. Puede que sea así. No conviene estar a malas con un jefazo, después de todo.

—Claro que no. Debes ir con apetito a por tus platillos chinos, querido. Bastará que pruebes un poco de mi cocina, y eso te servirá de aperitivo, seguro. ¿Vamos ya?

—Sí, vamos —habíamos llegado a mi coche. Subimos. Poco después rodábamos hacia su casa.

Ciertamente, Dinah cocinaba muy bien. Y era una de las pocas neoyorquinas interesadas en mariscos y pescados. Me lo probó esa tarde, con un plato de mariscos fritos realmente deliciosos, que acompañaron otro martini, antes de encaminarme a Chinatown, a reunirme en el nuevo restaurante de Canal Street, con mi jefe, Scott Neville, el viejo tigre Neville, como le había llamado Dinah, y como todos le conocían en la ciudad.

Eran las siete y cuarenta minutos cuando entré en El Dragón de Seda, nuevo local de suntuosa fachada y cocina típica oriental. Scott Neville acababa de llegar y había encargado ya dos aperitivos, antes de probar las delicias de la cocina china.

Por entonces, todavía no habían surgido los síntomas del mal de Halsen. Por entonces, yo aún ignoraba que estaba viviendo mis últimas horas en el mundo.

* * *

A las ocho en punto nos sirvieron la taza de consomé de aletas de tiburón, y el pollo con gambas y

chow-mein

. Unas tacitas de arroz y palillos acompañaban la cena, junto con el escaso, pero fuerte vino fermentado chino.

—¿Qué opinas, Marvin? —me preguntó mi jefe, extasiado ante sus manjares predilectos.

—Exquisito —admití, saboreándolo—. Realmente exquisito, sí. Te felicito, Neville. Sabes dónde encontrar lo mejor.

—Ah, el olfato. El viejo y fiel olfato de un buen *gourmet* —rió, estruendoso, agitándose su recia humanidad con jovial alegría. Se inclinó para mirarme fijamente con sus redondos ojos claros y astutos, perdidos bajo las hirsutas cejas—. Espero que vengamos

más a menudo aquí, Marvin. Por desgracia, ahora vas a disponer de muchas noches libres, ¿no es cierto?

—Sí —admití, con un suspiro—. Muchas. Creo que todas, Scott.

—No, no serán muchas —rió de buena gana—. Encontrarás otra chica. Arlene ha cometido un error apartándose de ti. ¿Qué quería esa chica? Un marido honesto, inteligente, con porvenir, con buen juicio. No, nunca lo entenderé. Marvin. Además, las chicas de la Redacción dicen, incluso, que eres un tipo guapo y atractivo. Yo no entiendo mucho de eso, pero si ellas lo dicen...

—Ocurre a veces —sonreí—. No es suficiente todo eso si no existe amor, Scott.

—¡Amor! —repitió, desabrido—. ¿Tú estás enamorado de ella, Marvin?

—No sé...

—¿Lo estuvo ella de ti alguna vez?

—Tampoco puedo encontrar una respuesta segura.

—¿De quién fue la idea de la separación, Marvin?

—De los dos. Comprendimos que lo nuestro fue un error. Y resolvimos cortarlo a tiempo.

—¿No hay ninguna otra mujer en tu vida, Marvin?

—No, ninguna.

—¿Algún hombre en la vida de ella? Y perdona si soy demasiado brusco...

—No puedo asegurarlo. Eso sólo ella lo sabe.

—Marvin, ¿no hay indemnizaciones por medio, pensión o algo así?

—Nada. Tengo un seguro de vida —reí burlón—. Y ella es la beneficiaria absoluta. Es por un capital de doscientos cincuenta mil dólares, pero eso lo cambiaré ya la próxima semana, y asunto concluido. No, no hay beneficios ni perjuicios económicos para nadie. Así lo quiso ella. No quiere deberme nada, es lo que dijo.

—Muy generosa —el famoso y robusto Tigre Neville me señaló con énfasis con sus palillos, salpicados de granos de blanco arroz—. Pero si ahora murieses, *Marvin Boss*... ¿has pensado que tu esposa heredaría *limpiamente* un cuarto de millón?

—No —negué, mientras un chino silencioso, menudo, de rostro risueño, creo que nunca he visto a un chino que no se muestre risueño, retiraba mi plato de la mesa, rozándose con su uniforme escarlata sedoso, con una humilde disculpa en sus labios. Añadí,

ceñudo, tras una pausa—: No había pensado en ello. Pero no pienso morir precisamente hoy, Scott.
Lo dije con total convicción. Pero no sabía yo lo equivocado que estaba al decirlo.

* * *

A las nueve menos veinte minutos estaba en el hotel.

Era viernes. Nevaba intensamente, y yo gozaba de todo *un* cómodo fin de semana ante mí. Al día siguiente, el periódico publicaría una crónica firmada por mí, en la página de actualidad. Precisamente algo sobre la delincuencia y el crimen en Nueva York. El domingo, era una entrevista hecha algunas fechas atrás, con un famoso ex-presidiario, el pistolero Dick Beebe. Con fotografías y todo. Hablaba allí de sus viejos tiempos de rufián, de su historia de *racketeer* y todo eso. Y ello servía para poner en solfa al crimen organizado actual. Al de siempre. A gente como aquel siniestro Bugsy Kellog, *cuya* vida o cuya libertad, en el *peor* de los *casos*, *de por* vida, dependían de mi sola palabra ante el *juez* y el jurado, sólo unas fechas más tarde.

Eso llenaba mi actividad periodística en el *week-end*

. No *era* frecuente en mí disfrutar de los fines de semana. *Un* periodista de la actualidad, rara vez tiene ese privilegio. *Para* una vez que lo tenía, mi idea era vivirlo *intensamente*. Descansando, como era lógico.

A veces, *la* vida es así en el Abbey Hotel. Fui a *la* ducha y regulé el agua, La ligera cena china, ligera, pese a sus especias, y el aperitivo en casa de Dinah, no eran problemas para mi digestión. Me sentí muy feliz bajo el tibio chorro de agua que, como un sedante, me serviría para ir derecho a la cama esa bendita noche de viernes invernal, con buena calefacción y mejor lecho, en aquella confortable habitación de hotel, en la Cincuenta y Uno Oeste.

Afuera, la nevada era bastante intensa, y el tráfico de Manhattan casi nulo, a causa de la inclemencia meteorológica.

Entonces apareció por primera vez aquello.

Primero fue un leve escalofrío, bajo la ducha. Luego, un sudor

pegajoso y frío, que empapaba mi rostro, mis manos, mi cabello desordenado y húmedo de agua tibia.

Después sentí náuseas. Vomité en la propia ducha, malhumorado. Salí del cuarto de aseo, sintiéndome igual o peor que antes de vomitar. Lenta, paulatinamente, la temperatura de mi piel iba subiendo.

—No lo entiendo —mascullé—. Los mariscos de Dinah o la exquisita cena oriental del Dragón de Seda, me han sentado fatalmente.

Busqué algo entre mis cosas. No tenía nada adecuado. Pedí por teléfono una infusión y unas tabletas estomacales a la conserjería. Me sirvieron todo eso, pero no sirvió de gran cosa. Los sudores continuaban. La sensación de náuseas, aunque tenía vacío el estómago, también. Unos dolores agudos aparecían de vez en cuando en mi abdomen.

Llamé al médico del hotel. Estaba atendiendo a otro huésped. Subiría apenas terminase. Insistí en que era urgente, y colgué. Apenas lo había hecho, sonó la llamada.

El timbre repiqueteó, insistente. Miré, pensativo, el *aparato*. *Acaso* el hotel quería confirmar mi solicitud o me iba a informar de algo. Quizá era una llamada exterior. *Acaso* Neville. O Dinah. O... O... ella. Arlene...

Descolgué. La llamada era exterior. Oí el «clic» en la centralilla del Abbey. Una voz suave, desconocida, me interrogó.

—¿Señor Ross? ¿Marvin Ross?

—Sí —asentí, sin reconocer en absoluto aquella voz masculina, meliflua y suave, como muy lejana—. ¿Quién es, por favor?

—Un amigo —creí sentir una risita remota, llena de burla, de sarcasmo—. Un buen amigo que le previene...

—¿Prevenirme? ¿A mí? —dudé—. ¿De qué? ¿Quién habla?

—No esperará que le de mi nombre, ¿verdad? —Otra vez aquella sensación de ironía, de hilaridad reprimida—. Señor Ross, tenga cuidado. Mucho cuidado con su vida. Puede perderla esta misma noche.

—¿Qué dice? —estallé, violento. Me oprimí el estómago, sacudido por un calambre doloroso. El sudor frío empapaba mi rostro—. ¿De qué está hablando?

—De su vida, señor Ross. De su vida... Quizá incluso sea ya tarde

para salvarla...

Colgaron. Me quedé con el teléfono silencioso en mis manos. Lo miré, aturdido. Golpeó la horquilla, con ira. Se pusieron en la centralilla. Exigí, rabioso:

—¿Quién llamaba? ¿Quién pidió comunicar con mi habitación? ¡Vamos, pronto! ¡Hablen, tengo que informar a la policía inmediatamente!

—Lo siento, señor... —La voz de la telefonista de turno parecía llena de susto—. Pidieron por usted, dijeron que era personal y urgente. Apenas terminó de hablar por la línea interior, le puse y... Colgué con ira. Era inútil seguir reclamando. La telefonista, a fin de cuentas, se había limitado a cumplir con su deber. Ella no tenía culpa de nada. Pero yo empezaba a sentirme peor. Y la voz lejana, burlona, seguía resonando en mi mente, tal como llegara por el teléfono:

«Mucho cuidado con su vida. Puede perderla esta misma noche... Quizá incluso sea tarde para salvarla...».

Y el médico del hotel sin venir. Insistí, malhumorado, por teléfono. Cinco minutos más tarde, el médico estaba en mi habitación.

Diagnosticó intoxicación por posible ingestión de alimentos en malas condiciones, o cosa parecida. Llamó a una ambulancia, y me llevaron al Medical Center de Manhattan.

Allí supe lo que sucedía realmente. Allí oí hablar a los médicos sobre mi envenenamiento por un virus procedente de Asia.

Y supe que iba a morir. Esa misma noche.

* * *

—De modo que ésta es la historia completa de un día en la vida de Marvin Ross...

—Sí, Mark. La historia de un viernes en la vida de Marvin Ross. De su último viernes... —repetí, con cansancio.

—Y dijiste que no había en ese día nada notable, nada especial.

—No lo hay, Mark. ¿Tú has visto algo significativo?

—He visto un sinfín de cosas. Pudiste ser envenenado con martinis, con mariscos fritos o con manjares chinos, de *haber* sido posible la intoxicación por alimentos o bebidas.

—Pero no lo es. El virus debe ir directo a la sangre. Ya lo leíste. Por

inyección o pinchazo. ¿Dónde está la situación favorable para que tal cosa ocurriera?

—Por Dios, Marvin, tu propio estado debe atrofiar tu sentido común. He anotado un montón de circunstancias favorables. Una rubia llamada Sheila King te rozó con sus formas.

—No tendría veneno asiático en... —Me detuve—. Bueno, tú me entiendes.

—Vete al diablo —refunfuñó el teniente Gallagher—. Tú y tus explosivas amigas rubias... Ella pudo pincharte sin que te enterases siquiera. Sé lo que siente un tipo cuando le roza una dama así.

—No yo —objeté—. No me gustan las rubias exuberantes.

—Eso será conscientemente —rió con acritud—. Subconscientemente, a todos nos gustan esas cosas. Somos unos reprimidos, Marvin.

—Vaya, se descubre más aquí que en la consulta del psicoanalista —comentó sarcástica Carol—. Muy amable por desenmascarar tu... «Subconsciente», querido.

—Bueno, hablo en teoría —carraspeó él, muy digno. Me amenazó con un dedo acusador—. Pero eso no es nada. Dinah se colgó de tus hombros, te zarandeó.

—¡Dinah Kelly! —salté, atónito—. No pensarás que pudo ser ella quien...

—Marvin, deja que hable. Yo soy policía, no periodista ni víctima. Hablo como tal. Dinah pudo ser tu asesina. Como pudo serlo uno de los Jordan, en los roces naturales, al salir de un local repleto, caliente, ruidoso, y con unos martinis encima. Un leve pinchazo, en todo caso, pasa casi inadvertido en sitios y momentos así. Pero es que hay más.

—¿Más aún? —resoplé asombrado, mirándole.

—Sí, maldito idiota. Te rozó toda Nueva York, si te fijas un poco. Un tipo alto, de abrigo azul y lentes de montura metálica, que nombraste... Te rozó al sentarte con Dinah Kelly y los Jordan, ¿no?

—Cierto —convine—. Pero también me debió rozar Scott Neville, según eso. Pesa doscientas cincuenta libras, y roza a todo el mundo cuando se mueve.

—Conforme. Pudo ser Neville también, lo tengo anotado aquí —golpeó su agenda.

—¿Estás loco?

—No. ¡Estoy investigando! —aulló él—. Y aún queda algo; estuviste en casa de Dinah Kelly. Sí, espera, espera. Sé lo que me dirás. Ella no pudo ser. ¿Qué me dices, entonces, del chino que te sirvió en El Dragón de Seda? El pequeño camarero sonriente, de uniforme rojo. Se excusó al rozarte, acabas de recordarlo. ¿O lo olvidaste ya, maldito seas?

—Cierto... —Abrí mucho la boca—. Mark, me falta mucho por aprender. Y lo malo es que ya no me queda tiempo para eso ni para nada. Te has fijado en unos minutos, en muchas más cosas de las que yo noté en todo el día.

—Y si tú no las hubieras mencionado, conscientemente o no, yo nunca les hubiera dado el valor que pueden tener —me replicó acremente—. No eres tonto, Marvin, aunque no tengas tiempo de ser más listo. Y por Dios que me admira tu espíritu ante esta experiencia horripilante que la fatalidad ha hecho recaer sobre ti. En tu caso... yo no sé lo que haría.

—Buscar al asesino, supongo —sonreí—. Es tu trabajo, ¿no?

—Diablo, sí, es mi trabajo —me miró con enfado—. Marvin, eres todo un tipo. Juro que voy a perseguir al cerdo que te hizo ésto, y que dedicaré mi vida entera a buscarle por donde sea, hasta el fin de mis días si es preciso. Pero dejemos eso. Has hablado de una llamada anónima por teléfono. El tipo que te llamó sabía de tu estado, de tus vómitos y sudores, de tu envenenamiento.

—Eso no hizo sino confirmar los hechos, cuando tuve tiempo de recapacitar sobre ellos en el hospital, Mark.

—Muy bien. Pero te avisaron. Era una amenaza o una advertencia. Tardía, claro. Ellos sabían que te habrían dado el golpe de gracia. ¿No te suena eso a... a Bugsy Kellog?

Le miré, absorto. Moví la cabeza despacio, en sentido afirmativo.

—Sí —convine—. Eso sí suena a Bugsy Kellog, lo admito.

—Bravo. Ya es algo. Bugsy pudo meterte ese cochino veneno en las venas. Y así no serías nunca testigo contra él. Pero por otro lado, he encontrado un segundo motivo realmente de oro para matarte, Marvin.

—¿Otro motivo? —Me quedé mirándole, sorprendido—. ¿Cuál?

—Doscientos cincuenta mil dólares de seguro. Un cuarto de millón por tu vida, ¿te parece poco?

—¡Oh, eso...! —Me encogí de hombros—. El seguro de vida...

¡Cielos, no tiene sentido!

—¿Que no tiene sentido? Sé de muchos que mataron a media docena de tipos por la décima parte de esa suma, Marvin, maldito idiota —se enfureció Gallagher.

—Pero Arlene no podría recurrir a... a un veneno tan extraño. Ella no entiende nada de eso, Mark.

—Puede que no. Pero has nombrado amistades tuyas: Aaron Levine, un doctor Vince Grayson... ¿Qué clase de doctor es éste? ¿No puede buscar la fortuna para su futura esposa, liquidando al marido anterior, mientras la póliza del seguro está en vigor?

—Grayson... —Sacudí la cabeza—. Cielos, no es posible. Un joven médico de brillante porvenir... Corteja a Arlene, lo sé. Pero no tiene muchas esperanzas. El no haría algo así...

—Fíate de todo el mundo, y resultará que te ha matado un mosquito huido de Birmania, y sorprendentemente adaptado a la nieve y el frío de Nueva York en invierno... —Sacudió la cabeza—. Oh, perdona, Marvin. No debí hablar así de tu caso, pero logras enfurecerme. Me pides que coopere a hacer justicia con tu asesino, y no quieres entender que cualquiera, incluso tu mejor amigo, pudo haber sido el culpable.

—Bien —susurré cansadamente. Alcé mis brazos con resignación—. Conforme, Mark. Decide tú ahora. Aceptaré tu plan de trabajo. Dime lo que debo hacer, y lo haré.

—Muy bien. Eso es lo que quiero... —consultó su reloj, pensativo—. Son ya las dos menos veinte minutos. Queda poco tiempo, Marvin.

—Muy poco —admití—. Me pregunto si no estaremos perdiendo el poco de que dispongo...

—No, no lo creo. Es todo lo que podemos hacer. Carol, ven conmigo —dijo, indiferente, volviéndose a su esposa—. Dame tu agenda telefónica. Es posible que entre tus amigos de la Universidad encontremos a algún químico que nos ayude esta madrugada.

—Pero Mark, yo no creo que...

—Carol, es un medio como otro cualquiera —la miró severamente—. Vamos, necesito esa agenda. Búscala.

—Está bien —suspiró ella, afirmando—. Creo que la tengo en mi mesilla. Ven, Mark...

Salieron, dejándome solo. Me quedé cabizbajo, pensativo. Mi fiebre no cedía gran cosa. Los temblores y escalofríos aumentaban. Me

sentía mal. Realmente mal. Las sienes eran como un martilleo constante, repetido hasta lo demencial.

Pero de repente me puse rígido. Alcé la cabeza. Escuché. No oí gaveta alguna ni movimiento de papeles. Tampoco oí pasos de Mark o de Carol.

Me incorporé con sigilo. Fui a la puerta. Agucé el oído, sin captar nada. Me quité los zapatos con rapidez. Caminé descalzo sobre la moqueta, hasta cerca de la luz del dormitorio de mis amigos.

Tenían entornada la puerta, casi cerrada. Mi oído es muy agudo. Y la desconfianza lo hacía más agudo aún. Oí la voz de Gallagher en un murmullo:

—... Tenemos que hacerlo, Carol. Aunque a él no le guste.

—Mark, tiene derecho a querer vivir estas pocas horas a su gusto — argumentó Carol, compasiva.

—No gana nada muriéndose ahí, en el gabinete. Llama a Sanidad mientras yo salgo a hablar con él y distraerle. Buscaré al asesino, pero él debe ser internado. Es preciso luchar por su vida hasta el último minuto.

—Sabes que no hay remedio...

—¡Tampoco lo hay quedándose ahí, como un pasmarote, Carol! Es preciso que se le interne, que se luche con todos los medios de la Ciencia. Se ha perdido mucho tiempo, pero no va a ser peor que le dejemos en manos de médicos y enfermeros. Entretanto, yo trabajaré... Carol, hay un hombre que sabe mucho de enfermedades tropicales, venenos inoculados y todo eso. Es el doctor Barry Younger, de Sanidad Nacional. Hablaré con él... Quizá haya suerte, no sé. Pero tú debes ir a entretenerle. Carol, no pierdas tiempo. Antes de que él sospeche nada...

—Sí, Mark, como quieras. Pero sigo creyendo que Marvin tiene derecho, cuando menos, a disponer de sus últimas horas de vida a su antojo.

Carol Gallagher salió a engañarme, ganando tiempo para que su marido dispusiera todo para mi internado en un hospital, bajo el control de Sanidad Nacional.

Sólo que, para entonces, yo no estaba ya en el gabinete. Ni en su vivienda.

Una vez más, me había lanzado a la calle, a la gélida madrugada.

A buscar un imposible; el nombre de un asesino a quien yo no

conocía. A vivir, al mismo tiempo, mis últimas horas en el mundo. Carol había tenido razón. Yo creía tener, cuando menos, derecho a eso.

CAPÍTULO IV

Las dos de la madrugada. Un viernes de invierno, nevando en Nueva York.

Manhattan, silencioso, desolado. Blancos copos en el aire. Nieve acumulada en las aceras. Blancuzco y sucio fango en las calzadas.

Y un hombre solo, deambulando por esa jungla de asfalto, cemento, nieve y frío. Perdido en la noche, entre luces frías y lechosas que dibujaban halos helados en la atmósfera urbana. Ese hombre era yo. Yo, Marvin Ross. Yo, un hombre sentenciado a morir. Yo, un hombre con la muerte dentro de su ser.

Me detuve, angustiado, cuando pasó un coche patrulla, ululando ominosamente en la madrugada silenciosa y desolada. No me vieron, o no iban buscándome a mí. Oprimí mi estómago, sentí las palpitaciones de mi corazón, los fríos sudores en mi rostro.

La muerte. Cada vez más próxima. El virus, en mis venas, envenenando paulatinamente la sangre. Cuando el corazón cediera en su resistencia, incapaz de purificar la sangre enrarecida, llegaría el fin. Mientras tanto, la helada zarpa se iba apoderando de mí. Sujetaba mi cuerpo con rabia, inexorable y cruel. Sabía que tenía ganada la batalla.

Ni siquiera había querido tomar mi automóvil. Era de un color crema visible, su placa la conocía Mark Gallagher de memoria. En pocos minutos, todas las patrullas policiales de la ciudad andarían tras de él.

No quería terminar en un hospital. No, eso nunca. Era un final indigno, estúpido e inútil. Era morir sin luchar. Vencido de antemano. Los médicos no podían salvarme, y yo lo sabía. No había fármacos ni ciencia capaz de quitarme de las venas el virus Zimbalist. El mal de Halsen estaba allí, en mi ser. Era mi sentencia definitiva.

Moriría en la calle. Luchando. Buscando.

En algo tuvo razón Mark. Para eso él era policía, y yo no. Había descuidado muchos datos sueltos, muchas personas posibles. Aunque resultase monstruoso, él estaba en lo cierto. Mark Gallagher

hablaba como policía, no como amigo: Sheila King, rubia y opulenta... Dinah Kelly, femenina, inteligente y sensible... Los Jordan, llegados de alguna tierra exótica, ¿por qué no Asia, donde existía la ameba Z y su insecto propagador?

Luego el desconocido del abrigo azul marino, el gordo y jovial Scott Neville... Mi propia esposa. El chino del restaurante de Canal Street, en Chinatown...

Un testigo en un juicio por asesinato. Un seguro de vida de doscientos cincuenta mil dólares... Un divorcio. Un segundo esposo quizá. Un enemigo desconocido, oculto en alguna parte telefoneando amenazador, presagiando mi muerte para esta fecha... Repentinamente, parecían surgir motivos, culpables, personas sospechosas.

Sí. Mark Gallagher era teniente de policía. Los homicidios eran su trabajo, como el mío era la noticia. Yo había aprendido, súbitamente, algo horrible, gracias a él. Cualquiera de las personas de confianza que me habían rodeado aquel viernes, podía ser mi asesino.

No estaba seguro de que ahora Mark Gallagher, tras mi escapada de su casa, se dedicase a buscar al culpable. Aunque lo hiciese, quizá nunca daría con él.

Pero yo...

Yo podía intentarlo. ¿Por qué no? ¿Qué otra cosa mejor, para lo poco que restaba de vida, que buscar al responsable de aquella vileza?

Miré mi reloj, a la luz de un parpadeante luminoso de un club nocturno. Eran las dos y escasos minutos. Quedaba poco tiempo. Muy poco.

Como máximo, cuatro horas.

Cuatro horas para morir. Para la agonía horrible que anunciaba el volumen de Toxicología. Calambres, sed creciente, debilitamiento muscular, paulatina pérdida de la visión...

Y la muerte.

Eso era todo.

Cuatro horas... y yo, un sentenciado a morir, sólo en Nueva York. Sin medios, sin recursos, sin saber qué hacer, adónde ir, qué o a quién buscar...

Recordé algo... Gallagher había nombrado a una persona: doctor

Barry Younger, de Sanidad Nacional. Experto en venenos, en enfermedades tropicales.

¿Por qué no empezar por allí?

Por allí... y por alguien más.

Por Arlene. Mi esposa.

Porque ella todavía era mi esposa. Y ella podía ser el eslabón entre un crimen y su escondido motivo.

El conserje de noche también me conocía. Por eso me dejó subir. Por eso, y por el billete de cinco dólares que puse en sus dedos, guiñándole un ojo.

—¿Se han reconciliado ya, señor? —me preguntó, intrigado.

—No del todo —sonreí, evasivo—. De esta noche puede depender, amigo.

El asintió, contento de servir de cómplice en aquella presunta reconciliación. Yo no iba a extenderme en explicaciones con él. Subí al apartamento. A nuestro apartamento, que ahora era solamente el de ella.

Pensé primero en llamar al timbre. Luego, con cierta malévola sensación de culpabilidad, recordé que tenía aún la llave de la entrada. A no ser que hubiese echado la cadena o cambiado la cerradura, entraría en el piso sin que ella se enterase.

No me van los folletines. No quería, por nada del mundo, sorprender una escena aparentemente adúltera, cuando menos cara a la ley, que aún no se había pronunciado en nuestra separación definitiva. Pero era el riesgo que debía correr.

Entré, cerrando suavemente tras de mí. La calefacción estaba fuerte en el piso. Quizá demasiado fuerte, incluso. Los radiadores quemaban al rozarlos mis manos. A Arlene siempre la gustó disfrutar de inviernos confortables, pero esta vez se había pasado. El calor resultaba excesivo, bochornoso casi.

Recorrí todo el apartamento estérilmente. No había nadie en absoluto. Di las luces, asomé precavido al dormitorio de ella... Nadie. Arlene no estaba en casa. Sólo Dios sabía qué podía hacer por el helado Nueva York a *semejante hora. Pero no me sentí celoso por ello. Esos sentimientos, por suerte o por desgracia, estaban ya superados.*

Tras comprobar que me hallaba solo en el piso, descolgué el teléfono. Pedí línea con el exterior a mi buen amigo el conserje. No

le mencioné nada de la ausencia de Arlene. Él tampoco había parecido enterarse de ello. Quizá estaba distraído cuando ella salió. Acostumbraba suceder con demasiada frecuencia.

Cuando tuve línea, pedí información. Solicité el número particular del doctor Barry Younger, de Sanidad Nacional. No era fácil localizarlo a semejantes horas en un sanatorio oficial.

Tras varias llamadas, alguien descolgó el teléfono. Me atendió una voz soñolienta:

—¿Sí? ¿Quién llama?

—*¿Doctor Younger, de Sanidad?* —pedí, con voz grave.

—*Sí, yo mismo* —creí captar un lejano bostezo—. *¿Qué diablos ocurre a estas horas?*

—*Escuche, Younger* —pedí al cielo, mentalmente, que no le hubiese localizado aún mi amigo Mark Gallagher, de Homicidios. Su propio tono soñoliento parecía ser garantía de ello. Si alguien le hubiera mencionado mi caso, pensé que el doctor Younger estaría bastante más espabilado. Añadí, con el tono escueto y frío que hubiese utilizado un policía profesional—. *Es de parte de Gallagher, teniente de Homicidios. Muy urgente, doctor. Se trata de un mal incurable, la Ameba Z, o virus Zimbalist. Ya sabe el llamado mal de Halsen también. ¿Me entiende, doctor?*

—*Cielos, claro que le entiendo. ¿A qué viene todo eso, teniente?*

—*No, no soy el teniente* —repliqué—. *Él está ahora llamando a Sanidad, para no perder el tiempo. Soy uno de sus hombres. Esto es importante, para salvar una vida, doctor. Sabemos de un paciente inoculado de ese mal. ¿Existe algún medio urgente de combatirlo?*

—*¿El Mal de Halsen... en Nueva York... y en invierno?* —Oí su voz aguda—. *¡Imposible!*

—*Sé lo que piensa, doctor. Opinamos igual. Pero ha ocurrido. Pensamos en un virus conservado artificialmente en laboratorio, un posible cultivo inoculado. Es posible eso, ¿no?*

—*Claro...* —masculló, perplejo—. *Pero es un caso tan raro... Que yo sepa, sólo el profesor Mankiewicz posee un cultivo del virus Zimbalist...*

—*¿Quién?*

—Mankiewicz. Rufus Mankiewicz, profesor de Toxicología del Instituto Americano de Investigaciones Orientales. Reside en la Quinta Avenida y...

—Un momento, doctor Younger. Hablábamos de posibles antídotos.

—Me temo que no exista ninguno. Cuando menos, ninguno oficialmente probado como eficaz. Si un cultivo virulento de ese mal ha sido inoculado a alguien, ese alguien está sentenciado a muerte, en menos de siete u ocho horas.

—Es lo que me temía, doctor —suspiré, estremeciéndome—. Gracias, de todos modos. ¿Seguro que sólo el profesor Mankiewicz posee un virus semejante?

—Seguro. Si alguien más lo tiene, Sanidad lo ignora. Y eso no es fácil que ocurra, con un organismo tan virulento... Por cierto, el propio profesor Mankiewicz trabaja recientemente en un posible antídoto, a base de anticuerpos de ese virus. Aunque no creo que haya logrado gran cosa, valdría la pena que hablasen con él de la cuestión. Por cierto, ¿quién es usted exactamente? ¿Algún oficial de policía?

—Sí —mentí fríamente—. El sargento Smith, de Homicidios. Gracias, doctor.

Y colgué, sin más rodeos. No era mucho lo averiguado. Pero sabía que no podía indagar ya mucho más.

Caminé por el apartamento, nerviosamente. Encendí un cigarrillo, controlando mis espasmos estomacales y enjugando con frecuencia el sudor de mi rostro. Tomó un puñado de aspirinas, y me encaminé al aseo, en busca de un vaso de agua. El maldito calor acumulado en el piso por culpa de los radiadores de calefacción resultaba intolerable y aumentaba mis sudores, pero en el aseo era aún mayor, dado su reducido espacio. Toqué el radiador. Estaba casi hirviendo.

Bajé la llave reguladora, resoplando, mientras tomaba las aspirinas de un trago, con medio vaso de agua. Luego de repente, me quedé mirando las cortinas plásticas de la ducha, reflejadas en el espejo del lavabo.

Todo el calor agobiante huyó de mi cuerpo. Sentí un frío terrible y

agudo, subiendo como un trallazo de muerte por mi espina dorsal. Pero aún no era el último momento.

Rápido, busqué el porqué de aquella extraviada, vidriosa mirada fija en mí, desde detrás de las cortinas entreabiertas, dentro de la bañera.

Tiré de las cortinas violentamente, dispuesto a lo que fuera. Pero no a lo que vi ante mí un instante después.

La mirada vidriosa, desorbitada, clavada en mi nuca, nunca me había llegado a ver mientras manipulaba el radiador e ingería las aspirinas. Eran los ojos de un cadáver.

Un cadáver encogido dentro de la bañera cuadrangular, con la cabeza erguida, el cabello suelto, mojado. Había algo de agua jabonosa en el fondo de la bañera. Estaba desnuda, con la bata color fresa hecha un ovillo junto al jabón.

Era Arlene.

Y, desde luego, no había duda alguna sobre su estado actual. Estaba muerta.

CAPÍTULO V

Muerta.

Arlene Ross, muerta. Mi esposa...

Ya no habría divorcio. Ni ella sería mi viuda. Aunque por pocas horas ya, era yo su viudo ahora. Se había anticipado en el gran viaje. Al parecer, de un modo estúpido. Resbalando en la bañera y golpeándose la nuca con el borde de la misma.

Arrugué el ceño. La contemplé, desnuda y hermosa en la bañera. Me erguí, como sacudido por un mazazo.

La bañera mediada de agua, el tapón cerrando la misma. No, eso no tenía sentido. Arlene nunca se bañaba. Prefería la ducha. Siempre la ducha. Fría, tonificante, Jamás agua caliente o tibia.

Toqué el agua jabonosa. Tibia. Debí estar muy caliente al morir ella. Tenía señales rojizas en los tobillos. Quemaduras del agua. Toqué el grifo del baño. Conservaba calor el metal.

Eso era insólito. Arlene no se hubiera bañado en agua caliente ni siquiera con temperatura siberiana. Era algo que la irritaba.

Entonces, ¿qué significaba aquello?

Me incliné. Moví su cabeza mojada. El cabello barrió su hermoso rostro yerto, goteando agua. Miré su nuca, con un fuerte hematoma rojo, casi amoratado en la base del cráneo. No me gustó todo eso. El borde de la bañera era suave, sin aristas. Demasiado fuerte el impacto. Claro que era posible, pero... no probable. Y menos, con un baño caliente.

De repente, la idea me asaltó con lucidez terrible, cegadora casi.

¡Asesinato!

Habían matado a Arlene. Como me mataron a mí. Pero a ella sin retorcimientos sutiles. Sin lentos venenos mortíferos. De un simple golpe en la nuca. Muerta. Luego, la ficción del agua caliente. Pero ¿por qué la alta temperatura de toda la casa?

Me erguí, sintiendo que temblaba mi cuerpo, y no por mi dolencia mortífera. Era algo diferente y mucho menos concreto.

Un asesino...

El mismo, quizá. Veneno, un golpe en la nuca... Luego, el escenario

de un fingido accidente. Cuando la hallasen a ella, ¿quién iba a explicar que Arlene Ross nunca se bañaba en agua caliente en la bañera, sino que tomaba duchas frías? Yo, desde luego, no. Para entonces, Marvin Ross, el esposo, estaría muerto también.

Recordé la visita de aquella noche: Aaron Levine... ¿Acaso pudo él...?

Aaron había sido amigo. Mi amigo. Pero visitaba a Arlene por la noche, antes de estar nosotros dos legalmente separados. Mark Gallagher, con sus deducciones, me había enseñado algo aquella noche. A no confiar en nadie.

—¿Por qué, Arlene, por qué? —musité, rozando sus mejillas con la punta de mis dedos. Y sentí que temblaba mi mano—. ¿Por qué tuvo que suceder todo como sucedió, y por qué he tenido que verte muerta, cuando yo era quien primero debía emprender el viaje sin retorno? ¿Es que la misma persona te ha asesinado también a ti, querida?

Ella no me respondió. Nunca lo haría ya en esta vida. Me incliné. Besé sus labios, todavía tibios. Era una despedida. Un «hasta pronto». En la eternidad nos encontraríamos los dos. Acaso ya no la amaba. No podía saberlo. Pero había sido mi esposa. Creí amarla una vez. Y quizá la amé, incluso.

Caminé hacia la salida del apartamento que fuera de ambos durante un tiempo aparentemente feliz. No podía avisar a la policía, hablar de todo aquello. No porque me importase pasar por sospechoso. Sólo por eludir el hospital, el internamiento forzoso.

No dije nada a nadie. Cuando salí, el conserje estaba dormitando, con una revista de deportes en las manos. Agité una mano. El me respondió, obsequioso. No me entretuve. No había tiempo para ello. No había tiempo para nada. Al menos, no para mí.

Ahora, en la madrugada inclemente de Nueva York, bajo los gruesos y helados copos de nieve, tenía un nuevo objetivo para seguir buscando, luchando, esforzándome por encontrar algo y a alguien que estaba seguro jamás se hallaría al alcance de mi mano.

Ese nuevo objetivo se llamaba Rufus Mankiewicz, profesor de investigaciones científicas en Oriente.

Un taxi me condujo por el desolado Broadway, hacia la Quinta Avenida.

Una simple búsqueda en la guía telefónica de un bar donde entré a

tomar un café caliente y sin azúcar, para no verme vencido por la fiebre, el agotamiento y un sueño sutil y traicionero, que podría confundirse con el último de mi vida, me bastó. Rufus Mankiewicz habitaba en el setecientos doce de la Quinta Avenida. Ése era mi inmediato destino.

* * *

Setecientos doce.

Los números aparecían sobre un globo de luz. Encima de una verja señorial, ante un frondoso jardín rodeado de alta cerca de ladrillos. Una finca digna de un magnate. Un viejo edificio tradicionalmente neoyorquino superviviente de otras épocas. No había pensado que los investigadores científicos viviesen así. Tal vez Rufus Mankiewicz era una excepción, una notabilidad digna de algún Premio Noel.

Me quedó absorto. Entrar en un edificio semejante, a las tres de la madrugada, no es tarea sencilla. Y menos hacerlo sin provocar bullicio. Mi visita a Mankiewicz debía de ser confidencial. Y breve.

Sabía que en cuestión de poco tiempo, Mark Gallagher conocería el nombre del posible importador del virus Zimbalist a los Estados Unidos. Y también la falsa llamada de un subordinado suyo inexistente, un ficticio «sargento Smith», al doctor Younger, de Sanidad Nacional. Eso le haría comprender que me había lanzado a la investigación por mi cuenta, e intentaría darme caza.

Yo no estaba dispuesto a ser la pieza de Gallagher. Y menos ahora, sabiendo que el asesino había ido aún más lejos, matando a Arlene en su baño. Si Gallagher sabía eso de alguna forma, y no era nada improbable que así sucediera, su búsqueda se haría más exasperada. Pero no sólo la búsqueda del criminal, sino la mía propia.

Era preciso ver al profesor Mankiewicz. Y verle antes de que le pudiese localizar Gallagher.

Estaba decidido a ello. Y sólo un medio rápido y directo, con todos los posibles riesgos que ello implicase. A fin de cuentas, no había riesgo capaz de hacerme volver atrás.

¿Qué riesgo mayor puede existir, para un hombre cuyas horas están contadas?

Momentos después estaba salvando la alta cerca de ladrillos. Al caer al otro lado, en el umbrío y profundo jardín, percibí distantes

ladridos de perros, pero no se aproximaron, señal de que los animales estaban encerrados en alguna parte de la finca.

Me aventuré por el césped, abundante y cubierto de blanca nieve esponjosa, donde mis piernas se hundían sin ruido. Árboles y setos, en torno mío, eran como fantasmas, recortándose impolutos en la sombra, con sus festones de nieve. Habían dejado de caer copos, y el frío de la madrugada aumentaba por momentos. El termómetro debía de estar descendiendo vertiginosamente. Pero mi piel ardía bajo el helado sudor.

Los lejanos ladridos me escoltaron hasta el claro en forma de herradura que se extendía ante la casa. Sorprendido, descubrí luz, la única, en una ventana de la segunda planta, hacia su lado sur. Era una ventana cerrada, de guillotina, con cortinas color ocre. La claridad se filtraba claramente hasta el sombrío jardín envuelto en el blanco sudario nevado.

Tomé una rápida decisión. Una ventana en sombras de la planta baja me sirvió de objetivo adecuado. Envolviendo mi mano en el pañuelo, tras ajustarme el guante, pegué un golpe seco al vidrio. Éste se quebró con leve ruido. Introduje la mano, encontrando un pestillo, que deslicé.

El paso estaba libre. Alcé la vidriera, y entré en la, casa, decidido. Cerré tras de mí, sin que los perros cesaran de ladrar en vano. Me interné en el edificio en sombras, tanteando con cuidado para no tropezar con muebles u objetos que pudieran caer, provocando ruido.

Estaba en un gabinete, quizá una biblioteca. Mi roce en los muros, hallando lomos de libros, me comprobó ese extremo. Hallé una puerta, y la abrí, saliendo a un corredor alfombrado, largo y señorial.

Allí había una tenue luz, procedente de la amplia escalera alfombrada, que se perdía en el piso alto. Avancé, pegado al muro, sin hacer mido, mirando a un lado y otro. No era el modo más correcto de entrar en una casa ajena a ver a alguien, pero no se me ocurría otro más rápido ni directo, habida cuenta del escaso tiempo de que disponía.

Empecé a subir la escalera. Los escalones eran de mármol, cubiertos por una alfombra rojo oscura. Amortiguó perfectamente mis pasos, a medida que subía a la planta superior. Me encontré en ésta

seguidamente. Miró hacia lo que sabía era el lado sur del edificio, dada mi actual orientación dentro del mismo.

Vi luz bajo una puerta, filtrándose por una rendija y haciendo brillar el peluche de la espesa alfombra. Me moví hacia allá, con creciente cautela, procurando no hacer el más leve ruido que delatase mi presencia antes de tiempo.

Hasta entonces, todo había ido bien. Demasiado bien, incluso, para resultar tan arriesgado y temerario. Me preguntaba cuándo iba a terminar mi buena fortuna en aquella aventura audaz, acaso insensata, en busca de un remedio que no existía... y de un asesino del que nada sabía.

Me detuve ante la puerta cerrada, bajo la cual se filtraba la rendija de luz. Tomé aliento y me decidí. Avancé, puse mi mano en el pomo, lo hice girar lenta, muy lentamente, temiendo que en cualquier momento ocurriese algo brusco que lo echase todo a rodar.

No sucedió nada. Y eso sobrepasaba ya los límites de la fortuna más favorable que darse pudiera. Realmente asombrado, llegué a entreabrir la puerta, asomar a la habitación iluminada...

Me enfrenté a un recinto destinado a laboratorio. La luz se derramaba sobre tubos de ensayo alineados, alambiques, probetas, microscopios y toda clase de material de investigación. En los muros había estantes con recipientes, tarros, cajas, documentos, libros e incluso muchos más tubos de ensayo, alineados con rótulos por orden alfabético.

Decidido a todo, entré en el laboratorio. En un lugar así, solamente el propio profesor Mankiewicz podía hallarse a tales horas, quizá atraído por sus investigaciones, enfrascado en algún estudio exhaustivo de sus materias. Y al profesor era a quien yo buscaba.

El recinto era mayor de lo que realmente parecía. Estaba formado, prácticamente, por dos estancias, una con ventana y otra interior, separadas por una puerta abierta. En la estancia vecina, solamente brillaba una luz indirecta, de flexo quizá. El resto, aparecía en sombras.

No vi ni rastro del profesor Mankiewicz en parte alguna. Pero desde el muro, un hombre de barbita recortada, canoso cabello largo, rizado, y rostro pequeño y afable, con gafas de montura dorada, me contempló, dentro del marco de madera de caoba que lo

enmarcaba, y vi la placa de plata bajo la efigie:

PROFESOR RUFUS MANKIEWICZ NUEVA YORK, 1970

Aquel hombrecillo parecía vivaz, inteligente y como abstraído. Muy propio de un científico de su presunta categoría. Pensé que no podía esperar nada malo de él. Estaba seguro de que colaboraría gustoso conmigo, cuando le revelase las razones de mi insólita visita.

Pero él no estaba presente en todo lo que abarcaba la vista. Me aventuré en la habitación inmediata.

Era otro laboratorio. Y ciertamente, una luz de flexo caía sobre una mesa, haciendo destellar tubos de ensayo con diversas muestras en su interior, y platinas de vidrio para el microscopio, extendidas por doquier, con tejidos teñidos para su estudio.

En los muros, más tubos, muestras, frascos, tarros, botellas de misteriosas etiquetas catalogadoras... No vi tampoco al profesor por parte alguna.

Al menos, no de momento.

Luego, al rodear la mesa donde alumbraba la lámpara de flexo, sí le vi.

Era él, con su barbita recortada, su cabello largo, rizado, sus lentes de montura dorada, su aire abstraído e inteligente...

El profesor Rufus Mankiewicz en persona. Estaba tendido en el suelo, boca abajo, con el rostro medio vuelto, apoyada la mejilla en el *parquet*.

Las gafas habíanse desprendido de su nariz. Estaban rotas, junto a su faz. Pero el profesor Mankiewicz no necesitaría nunca más esas gafas ni ningunas otras.

Estaba muerto.

Alguien había hundido su cráneo a golpes. La sangre empapaba sus cabellos, manchaba su corta bata blanca de trabajo y la madera del suelo. Al lado del cadáver yacía una estatuilla de bronce, representando una figura precolombina. Había sido sin duda el arma homicida, porque ofrecía cabellos adheridos y sangre humana. También junto al cadáver de Rufus Mankiewicz, yacía un tubo de ensayo roto, con los vidrios astillados y su tapón algo alejados. Mis ojos se clavaron en aquella etiqueta adherida al roto recipiente químico, entre estupefactos y horrorizados.

Lo que leí, provocó una sacudida brutal en todo mi ser:

«Antídoto Cultivos de contraveneno para la Ameba Z o Virus Zimbalist».

V-z.

Lo peor es que, además de roto, el tubo de ensayo no contenía absolutamente nada. Si alguna vez tuvo, realmente, el antídoto que podía salvar mi vida... ya no existía el menor rastro de éste por parte alguna.

La última esperanza se había evaporado.

Y con ella, la vida del profesor Mankiewicz.

SEGUNDA PARTE

EL ASESINO

CAPÍTULO I

—¡Marvin! ¿Qué significa esto?

Me miró, asombrada, sin dar crédito a sus ojos. Yo no me entretuve en darle explicaciones. No allí afuera, en el umbral. Entré. Cerró tras de mí. Me quedé mirándola en silencio. Y ella a mí.

—Creí que habías reconocido mi voz por el portero automático —dije, secamente.

—Claro que la reconocí. Pero no entiendo bien a qué vienes a semejante hora... y en ese estado.

Asentí. Una ojeada a un espejo dio una imagen lamentable de mí. Despeinado, con la sombra de mi barba de todo el día, ojoso, febril, demacrado por mi estado general, y sacudido por frecuentes escalofríos que eran como espasmos. A eso había que unir la corbata torcida, el nudo flojo, las ropas en desorden. Y manchas en la manga de mi abrigo. Manchas oscuras. Sangre. Sangre de Rufus Mankiewicz.

—Sí, no puede decirse que esté para ir a la ópera —dije, irónico. La miré, serio. Sacudí la cabeza—. Perdona, Dinah. No tengo derecho a sacarte de la cama a semejante hora, estropear tu sueño... y asustarte, además, con mi aspecto.

—No me asustas —dijo—. Me preocupas. Marvin, ¿qué te ocurre? No creí que lo de Arlene te lanzase a la bebida. Nunca te consideré de esa clase de hombres.

—Y acertaste. No, no he bebido más de lo que necesitaba para soportar en pie —hice un gesto sarcástico—. Dinah, son ya las cuatro menos cuarto de la mañana.

—¿Vienes tú a decírmelo? —Hubo sarcasmo en su tono—. Marvin, tengo un despertador junto a mi cama, que acostumbra a ir puntual.

—Espera. No me entiendes bien —susurré, dejándome caer en un sofá—. Tengo el tiempo justo. No me entretengas demasiado con explicaciones. Voy a ser breve. Muy breve. Tengo unas dos horas de vida.

—¡Marvin! ¿Qué bromas de mal gusto son éstas? —se quejó Dinah Kelly, mi colega de las modas femeninas y el mundo de la mujer

elegante.

—No es broma. Te ruego que no lo hagas todo más complicado. Escucha y no protestes. Comprenderás que no vengo a tu casa a semejantes horas para tomar un café o decirte lo bien que guisas, aunque mi digestión de esta noche no sea precisamente apacible. Puedo morir a las seis, unos minutos después... o unos minutos antes. Eso nunca se sabe. Pero llevo en la sangre un veneno mortal. Sin antidotos, Dinah. Alguien me inoculó un virus letal. Y no me preguntes quién o por qué, porque no lo sé. Esto se termina. La policía me busca para internarme en un hospital, pero eso no conduce ya a nada, y no quiero morir en un blanco lecho rodeado de blancas batas, ¿entiendes?

—No, no entiendo nada —musitó, mirándome sobrecogida, muy pálida, brillantes sus bonitos e inteligentes ojos rasgados—. Pero sé que no bromeas. Sigue, por Dios, Marvin.

—Trato de buscar una verdad imposible. No tengo indicios. Ni siquiera una pista razonable. Pero he buscado a quien pudo traer a este país el virus desde Asia. Lo encontré, Dinah. También parece que trabaja en un antidoto, aunque no sé si lo halló o no.

—¿Y bien...?

—Ese hombre estaba muerto.

—¡Muerto! ¡Dios mío! —Se llevó las manos temblorosas al rostro, pero admiré su serenidad y su adaptación a cualquier situación, por delirante que fuese—. ¿Qué vas a hacer ahora, Marvin?

—Morir —susurré—. No hay otro remedio. Pero eso no es todo. El sabio no murió por ley natural. Le asesinaron.

—Marvin...

—Sí, Dinah. Alguien le aplastó el cráneo, a golpes. Pero ya antes encontré otro cadáver esta noche. Parecía un accidente. No lo era, estoy seguro. Lo prepararon todo para que lo pareciese así, Dinah.

—¿Quién...? ¿Quién, Marvin?

—No sé quién lo preparó. Pero la víctima era... Arlene. Mi esposa. Dinah cayó en un asiento, demudada. Yo alcancé una botella de su mueble-bar. No dijo nada al verme servir varios dedos de *whisky* en un vaso. Lo alcé, pensativo.

—No temas —le dije—. El alcohol no empeora las cosas, aunque tampoco las mejora.

Bebí de un trago. Me golpeó como un fuego en el estómago, pero

eso era mejor que el dolor febril. Me sentí casi mejor por unos momentos. Caminé hasta Dinah. Puse una mano en su hombro. Ella alzó la cabeza. Me miró como quien sufre alucinaciones.

—Marvin, ¿es que el mundo alrededor nuestro se ha vuelto repentinamente loco? —musitó.

—No lo sé. Alguien sí se ha vuelto loco, y está matando por ahí a mansalva. En pocas horas, lleva ya tres víctimas: Arlene, el profesor Mankiewicz... y yo.

—¡Dios mío, no hables así! —se quejó ella—. Lo dices como si tú también...

—... ¿Estuviese muerto? —Sonreí, afirmando—. Lo estoy, Dinah. Me hice ya a la idea. No es tan difícil, una vez se amolda uno a la realidad de los hechos. Es terrible saber que esto se acaba, que uno lleva la muerte dentro... Pero me sentiría mejor si, cuando menos, supiera que antes o después de... de mi final, el culpable pagaba por todo esto.

—Pagaré, Marvin, estoy segura. Pero eso no importa ahora. Eres tú quien cuenta...

Se incorporó, fue hacia mí, me tomó el rostro entre ambas manos. Las retiró húmedas de fría transpiración, pero sin dejar de mirarme profundamente.

—Arde tu piel... —susurró—. Tiemblas...

—Sí —afirmé—. Eso forma parte de los síntomas. Es una maldita mosca tropical, en Birmania y algunas regiones chinas e hindúes... Y tuvo que ocurrirme a mí.

Puse ante sus ojos, sobre la mesita de centro, el tubo de ensayo roto. Lo señalé. Ella se inclinó, leyó sin tocarlo, sus ojos buscaron en vano algo, allá en el fondo del vidrio, como yo buscara antes.

—No hay nada... —la oí murmurar.

—No, nada. Si lo hubo, alguien lo destruyó o lo derramó, o se apoderó de ello, Dinah. Lo obtuve del laboratorio del profesor. No avisé a la policía. No quiero que sigan mi rastro.

—Pero ellos son quienes pueden ayudarte... cuando menos a hacer justicia.

—Lo harán igual sin avisarles yo. Gallagher dedicará todos sus esfuerzos a encontrarme, lo sé. Y no quiero que lo haga. No deseo ir al hospital. Ya no. Sólo son dos horas, Dinah. Quiero vivirlas en libertad. Intentante algo, incluso.

—¿Qué puedes intentar ahora? Has encontrado dos asesinatos, dos cadáveres. Uno, el de tu propia esposa. ¿Por qué ella, Marvin?

—No lo sé. No sé nada. Acaso Mankiewicz por ese virus o por el antídoto. Pero Arlene... No tiene sentido. Había un seguro de Vida. A su favor. Lo hubiese cobrado, al morir yo. No hay pruebas de asesinato. Podría alegarse accidente. Y sería doble indemnización, incluso. Pero ahora... ni siquiera hay beneficiario. Por tanto, no hay motivo. A menos...

—¿Qué?

—A menos que sea cosa de Bugsy Kellog.

—¡Kellog! —Pestañeó ella—. *¿El gángster?*

—Sí. El mismo —asentí—. Es la única posibilidad. Y quiero comprobarla.

—¿De qué modo, Marvin?

—Del único posible —sonreí fríamente—. Bugsy Kellog disfruta de libertad condicional, en tanto se prepara el proceso contra él. Yo soy su único testigo de cargo. No hay otro modo de salir de dudas... que ir a verle a él.

Dinah Kelly dilató sus bonitos ojos con estupor. Se quedó contemplándome como si yo estuviese loco.

—No... No estarás hablando en serio, Marvin —dijo ahogadamente—. Sería... Sería como ir directamente al suicidio.

—¿Suicidio? —Reí, con sarcasmo—. No, Dinah. Los muertos no pueden suicidarse. Ni siquiera eso les está permitido ya. Y yo... yo estoy muerto.

* * *

El hombre me miró con incredulidad. Sus ojos eran dos globos casi colgando de sus órbitas.

—Temo no haberle entendido bien, Ross —dijo, estupefacto.

—Me ha entendido perfectamente —afirmé, mirándole con ironía—. Quiero ver a su patrón.

—Usted, evidentemente, no anda bien de la cabeza, ¿eh? —Se tocó la sien, perplejo—. Es..., es usted la última persona a quien se le ocurriría...

—¿Venir a visitar al temido y poderoso Bugsy Kellog? —asentí, riendo entre dientes—. Sí, sospecho que eso es, justamente, lo que

él pensará también. Vamos, no se entretenga. Es tarde, dispongo de muy poco tiempo... y queda aún mucho por hacer. Será mejor que se deprisa, muchacho.

—Prisa... ¿en qué? —farfulló el desorientado pistolero.

—En avisar a su jefe, naturalmente. Y anunciarle mi visita.

Era un tipo de rostro afilado, nariz aguileña y ojos redondos, de lechuza. Tragó saliva ruidosamente, con las manos hundidas en los bolsillos de su chaqueta rayada, cruzada sobre la negra camisa y la corbata clara. El sombrero flexible echaba una sombra torva sobre la cara halconada.

—Está bien —convino de mala gana, tras una nueva ojeada a mi persona—. Allá usted, amigo. Si se quiere buscar líos, es cosa suya. Pero el jefe va a poner el grito en el cielo cuando le despierte anunciándole su visita.

Me limité a callar, esperando. El hombre subió a bordo, tras echarme una nueva ojeada de disgusto, y me dejó al pie de la pasarela que conducía a la cubierta del barco anclado en aquel punto del río.

Era un yate feo y anticuado, desprovisto de toda belleza. Pero yo sabía que por dentro resultaba muy diferente. A Bugsy Kellog le gustaba la buena vida y el confort. Alrededor de la embarcación, la nieve dibujaba blancos festones en el muelle y en otros barcos, y salpicaba de blanco el feo paisaje del East River. Pero dentro del yate de Kellog, la temperatura sería agradable y las comodidades muchas. Ésa era la clase de vida a la que el rufián no quería renunciar por nada del mundo. Y yo era la persona que, ante un jurado y un juez, iba a borrarle de golpe todas las cosas buenas que formaban su existencia.

Claro que eso no sucedería ya. No podría comparecer con vida ante tribunal alguno. Y mi simple testimonio escrito, una vez muerto yo, sería poca cosa para enviar a Kellog a prisión o a la cámara de ejecuciones. Los testigos que no comparecen ante el jurado, no resultan nunca demasiado persuasivos para alcanzar un veredicto de homicidio en primer grado.

Desde arriba me vigilaba otro hombre, con jersey de lana de alto cuello, acodado en la barandilla y fumando despacio un cigarrillo. Me estudiaba con interés y cierta incredulidad, desde el momento que el otro esbirro de Kellog le dijera en voz baja mi identidad. La

pandilla de rufianes no entendía bien cómo el único testigo vivo que podía hundir a su amo definitivamente, se presentaba allí, sin miedo alguno, a semejantes horas de la madrugada.

El tipo apareció un momento más tarde, mientras yo daba curso al hilo de mis pensamientos, y los interrumpió con una orden escueta: —Suba, si se atreve a ello, Ross. Kellog le recibirá maldito sea. ¿Dejó muy lejos del barco a los polizontes, guardándole las espaldas?

Sonreí. De modo que eso era lo que pensaba. No se tragaban que yo hubiera podido arriesgarme a ir solo. Y desde luego, no se lo podía reprochar.

Subí a bordo, con un encogimiento de hombros, y pasé entre los dos asombrados individuos, encaminándome hacia el interior del yate. Una luz brillaba en la puerta de acceso a la planta inferior, de camarotes. Allí asomó otro rufián.

—Por aquí —dijo.

Caminé hacia allá. En circunstancias normales, hubiera hecho falta estar loco para meterse así en la boca del lobo, y no había duda que eso mismo pensaban ellos, de modo que se imaginaban que en mi visita había gato encerrado. A menos que Bugsy Kellog, conocedor de lo que me sucedía, no sintiese tal sorpresa... o sólo le intrigase saber el tiempo que me quedaba de vida.

Bajé a la planta inferior. Había una puerta abierta. De cuatro camarotes que poseía el destartado yate, uno estaba con la luz encendida, y como esperándome. Al crujir las maderas del suelo bajo mi calzado, la voz de Bugsy Kellog, ronca y malévola, me llegó con claridad:

—Entre, maldito sea —habló.

Le obedecí. Estaba en pijama, fumando un cigarro habano. Era ancho y grueso como pudo serlo Capone en sus tiempos. Labios carnosos, ojos estrechos, gesto duro, y acentuadas entradas en su frente; cabello oscuro, bien peinado. Un fuerte olor a perfume varonil en el dormitorio. La litera estaba deshecha. Un batín de seda azul celeste se anudó sobre el recio hombretón a quien yo tan bien conocía.

Nos miramos fijamente los dos. Debía de causarle tan buen efecto como una patada en la barriga, pero no me recibió a tiros y eso era ya algo. Estaba seguro de que debajo de la almohada de su litera

debía de reposar una automática del nueve largo, a punto de funcionar contra mí o contra cualquier otro.

—Mi sueño es ligero, pero no me gusta que me lo interrumpen —dijo, mirándome con malignidad, sentado ahora en el borde de su litera—. Y menos para burlarse de mí, Ross.

—¿Quién le ha dicho que venga a burlarme? —repliqué con frialdad.

—Es una vaga sospecha —enarcó las cejas, apuntándome con su cigarro, y casi temí que éste empezase de, repente a vomitar balas—. ¿Qué mil diablos ha venido a buscar aquí, Ross?

—La verdad sobre algo, Kellog. Sé que es una visita intempestiva y absurda, pero no pude evitar hacerla. De ella salga posiblemente una verdad para mí. La que ando buscando.

—No sé lo que se propone. Si quiere echarme encima a los polizontes, provocándome para que le llene el cuerpo de plomo, quizá lo logre. No me importará ir a la silla eléctrica por una muerte más, puesto ya en el disparadero.

—Es posible que no. Pero usted sabe que no es tan fácil hoy en día ser condenado a la última pena. Hay muchos problemas con la pena de muerte. Se los quitarán de encima, cuando oigan los testimonios de cargo, enviándole por veinte años a presidio. Con suerte, cumplirá la mitad de esa condena, viviendo como un rey entre rejas. Y volverá a la calle cuando aún no tenga sesenta años, a seguir disfrutando de la vida y de sus placeres, Kellog.

—Ha venido a pintármelo todo color de rosa —masculló—. ¿Adónde va a parar, Ross? Usted es mi único testigo de cargo, y lo sabe. Me gustaría verle muerto.

Es mi salvoconducto más cierto.

—Puede matarme —sonreí—. Eso arreglará las cosas. Tira mi cuerpo al río, y...

—Y entonces no me salvan ni los ángeles del cielo reunidos —se disparó, furioso—. ¿Es eso lo que anda buscando? ¿Me odia tanto que pretende provocarme para que me condene sin remedio? ¿O es la policía la que le paga para que me provoque?

—Kellog, usted tiene que saber por qué estoy aquí, si es su mano la que lo hizo.

—La que hizo, ¿el qué? —arrugó el ceño, mirándome con gesto de no entender nada.

—Envenenarme. Condenarme a morir en pocas horas.

—¿Se ha vuelto loco? —masculló, levantándose airado. Enrojeció, agitando sus brazos—. ¿Qué nueva patraña se han inventado contra mí? ¡Yo no he hecho nada, no le he causado daño alguno, Ross, aunque maldita la alegría que me da saberle vivo! ¡No logrará probar que yo le hiciese administrar veneno alguno, por todos los diablos!

—Mucha gente vive de usted en los bajos fondos de esta ciudad, Kellog —dije, calmoso—. Y todos saben que su libertad depende de mí. Es incluso su vida, si el jurado se pone hostil ante su caso. Cualquiera serviría fielmente al poderoso Kellog, si éste se lo pidiera.

—Está diciendo tonterías. Le dije que no probará nada. No le intenté envenenar jamás. Eso no va a demostrárselo a nadie, ni aunque lleve encima ese maldito veneno que cita.

—Lo llevo encima, sí —sonreí amargamente. Toqué mi pecho—. Aquí dentro, Kellog. Sin poderlo extirpar ¿no lo sabe? Como un fuego que me va devorando lenta e inexorablemente. Me queda poco más de una hora. Hora y media, tal vez. Es todo el tiempo de que dispongo. ¿No le alegra saber que Mervin Ross es un cadáver ambulante, un hombre que se muere, minuto a minuto?

—¡Cielos, no! —Me miró, boqueando asombrado. Sacudió la cabeza con ira. Sostenía entré sus gruesos labios un cigarro aplastado e informe como una alcachofa—. ¡Me está metiendo en una trampa! ¡Todo eso es mentir, Ross! ¿Qué superchería han planeado ahora contra mí? ¡Yo no tengo nada que ver en cosa alguna, no quiero que le suceda nada, no tengo interés en que usted muera y todos me señalen con el dedo, acusándome de su eliminación!

—Lo siento, Kellog. Si la opinión pública va a acusarle a usted de mi muerte, va a pasarlo mal cuando llegue el momento, porque no le he mentado ni le quiero engañar. Comprenderá que por alguna grave razón vengo aquí, a su propio cubil, a semejantes horas. Quiero saber quién dispuso mi muerte fría y deliberadamente. Quién robó un virus para inculármelo y sentenciarme a morir en pocas horas. Es una clase de veneno de difícil acceso para un hombre como usted, lo sé. Pero no veo a ninguna otra persona que se beneficie con mi muerte, salvo Bugsy Kellog, ¿va entendiendo ahora? Aunque estoy aquí, hablándole tranquilamente... soy poco

más que un cadáver en movimiento. Soy un muerto que anda. Sólo eso...

Parecía entender ahora. Me miraba estupefacto. Sus manos anchas, velludas, se movieron nerviosamente. Aplastó el cigarro del todo, en un cenicero de plata. Luego se acercó a mí. Me bajó los párpados con cierta violencia. Examinó mis pupilas a la luz. Asintió, sombrío.

—Veneno —silabeó. —Está envenenado, Ross...

—Sí —afirmé.

—¡Dios mío! —Apretó la boca, formando una línea hermética—. ¿Lo sabe la policía?

—Lo sabe, sí. Andan buscándome para hospitalizarme. Sería inútil porque no existe contraveneno ni tratamiento. Es un virus asiático, obtenido del veneno de un insecto.

—Y usted anda huyendo de médicos y policías —refunfuñó.

—Eso es. He recorrido muchos sitios de la ciudad. No podía dejar de verle a usted, Bugsy.

—Maldita sea, claro que no —su ancha frente se cubrió de surcos profundos. Casi gritó—: ¡Me colgarán el sambenito encima! ¡Dirán que yo le hice envenenar para librarme de su testimonio! ¡En vez de salir con una pena de quince o veinte años... será la silla eléctrica, Ross!

—No lo había pensado de ese modo —afirmé despacio—. Si, podría suceder. Soy periodista, la gente sabe que voy a testificar contra usted, que fui testigo casual de su ajuste de cuentas en Brooklyn aquella noche... No, no le conviene mi muerte tanto como imaginé.

—¡Infiernos, Ross, hay que hacer algo! —aulló—. ¡Hay que salvarle el pellejo, aunque sea lo último que yo quisiera!

—No, Kellog. No mentía antes. Eso no puede ser. Ningún médico puede hacer milagros. Si alguna vez hubo un antídoto, y no es seguro que lo hubiese... mataron al hombre que lo poseía, e hicieron desaparecer el contraveneno.

—Pero..., ¡tiene que haber algo que podamos hacer! —jadeó—. Yo tengo amigos, gente que puede ayudarnos... Toda la ciudad podría removerse en sólo una hora.

—Es poco más lo que resta de tiempo —me apretó el estómago, con un rictus de dolor—. Esto va avanzando, Kellog. Deme un trago. Es lo único que me alivia de momento.

Dudó, para terminar, sirviéndome medio vaso de *whisky*. Tomé un

buen trago. Respiré hondo. Kellog se había convertido en una especie de huracán. Tiró sus prendas por el aire, se vistió con rapidez y empezó a gritar órdenes a su gente. Mientras tanto, me pedía datos, informes, me hacía recordar cuanto hice aquel día, cuanto pudiera saber sobre el veneno y el momento de serme administrado.

Me costó convencerle de que no sabía ni siquiera eso. Pero sus ojos brillaron cuando le hablé del Modern Fox Club y de El Dragón de Seda.

—¡Malditos sean...! —refunfuñó—. Si alguien fue capaz de eso, le haré trizas con mis manos.

—¿De qué habla? —Me intrigué.

—Esa gente, mis amigos... A veces creen hacer un bien y lo echan todo a perder, Ross. Yo tengo buenos amigos en los dos sitios que ha nombrado. En ese club de Broadway, y en el nuevo restaurante chino de Canal Street... Será mejor que hagamos algo los dos. Y deprisa.

—Sabe que no hay remedio. Voy a morir, hagamos lo que hagamos, Kellog.

—Pero usted ha venido a mi yate para algo, ¿no, Ross?

—Sí. A por la verdad. A por el nombre del culpable.

—Exacto. Quiere justicia o venganza, y es humano. Yo quiero algo más. Quiero que el tipo que le envenenó sea desenmascarado antes de que yo vaya a ser procesado. ¡No quiero aparecer como sospechoso de su muerte, Ross, y la única forma de hacerlo es probando que otro lo hizo, sin intervención mía!

—Eso sí tiene sentido —admití—. ¿Qué me propone?

—Que busquemos unidos. ¡Maldito sea! Usted va a enviarme a presidio cuando menos, y yo tengo encima que ayudarle en este lío, sólo para no verme en la silla eléctrica. El Modern Fox Club no cierra en viernes. Y si lo hace, es después de las seis de la mañana. Vaya para allá enseguida. Yo, entre tanto, iré al restaurante chino. Si Chang Ho o cualquier otro entre esos malditos chinos, le envenenaron los alimentos esta noche, van a saber quién es Bugsy Kellog por todos los diablos.

—El veneno no pudo ser aplicado en alimentos o bebidas —le recordé—. Sólo por pinchazo o inyección.

—Es igual. Sacaré hasta la última palabra a esos cochinos amarillos

que creen ayudarme con sus pillerías. Usted, Ross, no deje de ir a ese Club antes de que cierren.

—Y antes de que agonice —le recordé, irónico—. Las seis, Kellog, es la hora límite, recuérdelo. El fin de mi plazo.

—Infiernos, lo olvidaba —resopló. Consultó su reloj, nervioso. Estaba vestido, y se metía en ese momento entre las ropas un pesado ejemplar automático de pavonado acero y calibre 44—. Vamos ya. Son las cinco menos cuarto. Podemos estar cada uno en nuestro destino antes de media hora. A las cinco y media nos reuniremos en Times Square, frente al Astor. No olvide la cita, Ross.

—Las cinco y media —asentí—. Va a ser todo un poco justo.

—Muy justo —rezongó—. Contra reloj. Pero no hay más remedio. Debíó venir a verme antes de esta hora, Ross. ¿Podemos llamar a algún médico de confianza, alguien que no avise a la policía?

—Solamente a Jonathan Gould —dije, tras una vacilación, siguiéndole ya por la cubierta del yate—. Es un experto en tóxicos. Pero también un amigo. El sabe lo que me sucede.

—Doctor Gould —asintió el gángster—. Conforme. Enviaré a buscarle con uno de mis hombres.

—Recuerde que no hay antídoto. Tampoco Gould lo tiene.

—Pero puede hacer algo, lo que sea, por alargar su vida todo lo humanamente posible. Le necesito vivo, Ross. Usted es un problema estando con vida. Pero es un desastre si se muere.

Ciertamente, aquello tenía su sangrienta ironía, pero no sentía ganas de sonreír. Mi plazo se estaba agotando, y cada minuto que me aproximaba al final me hacía ver más claramente con cuántas ganas deseaba aferrarme a la vida que se escapaba de mí implacablemente.

CAPÍTULO II

—¡Marvin Ross! ¿Tú otra vez? ¡Y a qué horas, encantó!

La inevitable y opulenta bomba rubia. Sheila King se me vino encima, aplastando su torso contra el mío. Llevaba encima suficiente *whisky* como para sentirse cariñosa pese a todo. Y a medida que ingería alcohol, iba descendiendo el nivel de su descote hasta alarmantes extremos.

No pude desasirme de ella esta vez. Se bamboleaba como un barco al garete, y caímos sentados en un compartimento vacío. Me tapó la boca con sus labios carnosos. Era un agradable modo de amordazarle a uno, pero su maldito busto no me dejaba respirar. Y tenía poco tiempo para disfrutar de ese privilegio. Además, seguían sin ser mi tipo las rubias exuberantes, pese a cuanto dijera Mark Gallagher sobre el subconsciente masculino.

Logré apartarla un poco, lo justo para tomar aire. Aire caliente, viciado y con humo, apestando a licor y a perfume. Era lo que se podía respirar en el Modern Fox Club a ciertas horas. Y eso que ya no quedaba casi nadie, y estaban recogiendo sillas y mesas alrededor nuestro.

Únicamente Sheila resistía en pie la larga jornada, como una heroína de tira cómica. Pero de historieta erótica, sin duda alguna, digna de figurar en *Playboy* o en algo peor.

—Encanto, vamos a tomar algo —la invité—. ¿Qué tal un par de *whiskys*?

—Oh, eso es estupendo, Marvin querido —me besó de nuevo, riendo—. Incluso invitas a la buena amiga Sheila... ¿Sabes una cosa? Acepto. Beberemos juntos. Luego, puedes acompañarme a casa. Te dejaré subir, incluso. Podemos tomar un café, y si sientes pereza... te quedas allí. ¿Conforme, Marvin?

Era toda una invitación, si me hubieran gustado las rubias con curvas abundantes. Y si hubiese dispuesto de tiempo para vivir, claro está. Ni uno ni otro era el caso. Recordé mi cita a las cinco treinta, en Times Square, con Bugsy Kellog. El reloj del Club señalaba, sobre el mostrador repleto de vasos, y sobre la cara

soñolienta de Happy, el barman, las cinco y diez minutos, exactamente. Kellog había conducido como un demonio, con la ventaja de un Manhattan desolado y semidesierto en la nevada mañana. Habíamos ganado unos minutos.

—Conforme —mentí fríamente. Y pedí los dos *whiskys* al malhumorado Happy, a quien mi tardía llegada había hecho el efecto de un purgante amargo. Le di un billete, y le dije entre dientes que me iba enseguida. Eso le animó un poco, e incluso sirvió generosamente los dos vasos.

Sheila no necesitaba para nada beber más. Su línea de flotación hacía tiempo que había sido rebasada ya por el alcohol, pero evidentemente, aún soportaba el último impacto.

Apuré su vaso, riendo. Yo ingerí el mío, más para aliviar mis dolores, mis calambres, mis escalofríos, que para otra cosa. Esta maldita noche, el *whisky* no me hacía efecto. Ni la nitroglicerina me lo hubiera hecho, estaba seguro.

De nuevo me encontré con Sheila King y sus curvas, arrollándome materialmente. Me zafé como pude de aquella oleada sensual, y traté de obtener algo en limpio de aquel hermoso y rubio tonel de licor.

—Sheila, ¿por qué me has envenenado? —le pregunté fríamente.

Ella me miró, soltó una carcajada y me buscó para abrazarme. La eludí a tiempo.

—Oh, querido, eso es lo más gracioso que oí jamás —susurró—. Envenenarte... ¡Ven a mis brazos y seré tu Lucrecia Borgia, amorcito! El más dulce de los venenos para mi Marvin.

Me escabullí. Sujeté sus brazos, manteniendo a distancia su cuerpo. Aun así, no podía evitar que su torso me rozase. Culpa de su perímetro exagerado.

—Espera —dije gravemente—. Hablo en serio. Me envenenaron hoy. Aquí. Quisieron matarme. ¿No lo sabías?

Seguía riendo. Pero al ver mi gesto serio, intentó ella también ponerse formal, sin mucho éxito. Soltó un breve hipo entre sus labios carnosos, antes de repetir, perpleja:

—¿Veneno? Eh, Marvin, eso será una broma, ¿verdad? Nunca oí nada tan... tonto y tan ridículo. ¡Veneno en el Club! Sólo conozco el que venden como *whisky*... —Y rió de modo estúpido y superficial, frívolamente, esforzándose por envolverme en su dogal voluptuoso.

—Espera —la contuve—. No bromeo, preciosa. Tú te fijas en la gente. Recordarás a los Jordan, los amigos de Dinah...

—Claro que los recuerdo —asintió, algo serena—. Los Jordan... ¡Puah! No los soporto. Demasiado intelectuales. Ella escribe, él dibuja... y se creen los amos del mundo. ¿No serán ellos quienes...?

—No lo sé, Sheila —suspiré—. Estaban esta tarde, ¿recuerdas? Entonces tropezó conmigo un hombre. Alto, de abrigo azul, con gafas de montura metálica. ¿Te recuerda eso algo?

—Alto, con gafas de montura metálica. Abrigo azul... —Sacudió la cabeza, torpe—. No, Ross. Eh, tú, Happy, ¿recuerdas a un tipo alto de abrigo azul con gafas de montura metálica?

El barman sacudió negativamente la cabeza al principio. Luego cambió de repente.

—Eh, sí —afirmó—. Claro que lo recuerdo. Es un cliente.

—¿Quién, Happy? —Me volví a él, olvidándome de la insufrible Sheila—. Es importante, amigo. Quiero saber quién es él...

—Diablo, creí que se conocían. Es el doctor Vince Grayson... A veces acompañó a su esposa cuando usted no estaba, Ross...

Me quedé absorto. Vince Grayson, el joven médico. Uno de los pretendientes de Arlene. No le recordaba bien. Pero debía de haberle reconocido aquella tarde, de no haber estado distraído con los Jordan y con Dinah.

—Creo que es todo lo que quería saber —murmuré.

Y salí del local apresuradamente, pese a las llamadas insistentes de Sheila, recordándome que tenía que ir con ella a su apartamento.

Esperé que Buggy Kellogg llegase a Times Square, frente al Astor, consultando mi reloj repetidamente. A las cinco y veinticinco minutos, exactamente, chirriaban los neumáticos de su oscuro «Chevrolet», deteniéndose sobre el hielo, junto al bordillo, en un Broadway extrañamente desierto y silencioso en la mañana gélida de aquel sábado.

No venía solo. Le acompañaba alguien que me resultó vagamente familiar. Un oriental menudo, de cara compungida, como a punto de llorar. Envuelto en un abrigo oscuro, parecía un rebujón humano metido junto al malhumorado conductor del coche.

—No perdamos tiempo, Kellogg —dije presuroso, entrando en el coche, tras ellos—. Vamos a buscar a Vince Grayson, un joven médico. Es posible que hayamos encontrado al envenenador...

—Seguro que lo encontramos —afirmó ceñudo Kellog. Golpeó con su grueso pulgar al chino acurrucado junto a él—. ¡Aquí lo tiene, Ross!

—¿Qué? —exclamé, sin dar crédito a lo que oía.

—Éste es el hombre que ha querido matarle, Ross —acusó el gángster—. Chang Ho, el camarero de El Dragón de Seda. ¡Le envenenó esta noche, cuando usted cenaba con Scott Neville, su jefe en el periódico!

* * *

El coche rodaba por el helado asfalto, chirriando al tomar las curvas, y patinando sobre la capa de hielo de la ciudad. Kellog mantenía la velocidad máxima posible, dadas las circunstancias. Y no parecía en absoluto de buen humor.

—Esto no tiene sentido, Ross —manifestó por tercera vez—. ¡Le traigo a su asesino, y usted se empeña en recorrer otra vez la ciudad en busca de ese maldito doctor Grayson! ¿Qué mosca le ha picado ahora?

—Solamente una, Kellog. Y no era una mosca, aunque sí su maldito veneno —masculló, sombrío, acurrucado en el fondo del asiento posterior del confortable «Chevrolet»—. Usted ha cogido un pez demasiado pequeño, estoy seguro.

—¡Un pez que intentó asesinarle con un alcaloide mezclado en su comida, Ross! —aulló el gángster.

—Conforme —asentí—. Intentó matarme. Me envenenó. Pero eso no es suficiente.

—¿Qué más quiere, entonces? El mismo ha confesado que lo hizo. Está dispuesto a ir con nosotros a la policía y admitirlo todo de plano. No miento, Ross. No he buscado nunca a un hombre de paja para salvar mi pellejo. El maldito idiota de Chang Ho ha trabajado para mí durante años. Me lo temía cuando citó El Dragón de Seda, Ross. El pretendió hacerme un bien, eliminando de este mundo a un testigo peligroso para su viejo patrón. Debería llorar de emoción por tanta fidelidad...

—Kellog, olvida usted algo; mi veneno fue inoculado por vía intravenosa, no mezclado con alimento alguno.

—¡Pero él le envenenó, Ross! —rugió Kellog—. ¿Va a negar eso?

—En ese caso, mucha gente pensó ayer la misma cosa —sonreía tristemente—. Llevo dos venenos encima, si hemos de creer a su amigo Chang Ho. Pero contra un veneno así, existen ya lavados gástricos y otros procedimientos. También vomitivos y unas cuantas cosas más. Todo eso me fue administrado en el Medical Center de Manhattan, antes de que descubriesen allí la presencia del Virus Z en mi sangre... Kellog, no creo que el veneno de Chang Ho me haya causado un estado letal. Existe otro veneno dentro de mí, y si él no me lo aplicó al rozarme, durante la cena, por medio de un agujón o aguja hipodérmica... no es culpable.

Kellog, de mala gana, volvió el rostro hacia el chino.

—Ya oíste eso, hijo de cien perras chinas —refunfuñó—. ¿Clavaste tú alguna aguja o cosa parecida a Marvin Ross, con un tóxico distinto al mezclado en los alimentos?

—No. Juro que no —negó Chang Ho vivamente—. Por todos mis ilustres antepasados, jura este humilde servidor no haber tocado al señor Ross para nada. Sólo sus alimentos tenían un veneno que yo consideré suficiente para salvar al señor Kellog...

—Maldita rata amarilla —se enfureció Kellog, mirándole con ira—. Si dices la verdad, no has hecho nada bueno. Ni antes ni ahora. Seguiríamos sin saber quién inoculó ese endiablado virus en su sangre, Ross. A menos que...

—A menos que sea el hombre a quien vamos ahora a buscar, Kellog —dijo, con un suspiro.

—¿El doctor Vince Grayson?

—Sí —afirmé—. El doctor Vince Grayson...

* * *

VINCENT GRAYSON, M. D.

Consulta, Lunes, Miércoles, y Viernes, de 10 a 12

Era su placa de latón en la puerta. Allí vivía Grayson, ciertamente. No había sido difícil localizarle. Kellog tenía radioteléfono en su coche. Comunicando con su gente nos informaron de las señas del joven médico sobre la marcha.

Llamamos repetidas veces, sin resultado. Nos miramos en silencio,

erguidos en la acera, sobre el resbaladizo cristal del hielo en el asfalto.

—Y ahora, ¿qué? —masculló el gángster, ceñudo.

—No sé —suspiré. Miré las ventanas herméticamente cerradas y oscuras—. Puede que no esté aquí ahora. Es el fin de semana. Y terminó su trabajo este mediodía.

—Si le metió ese veneno en la sangre, Ross, su trabajo se prolongó más allá del mediodía —fue su agrio comentario—. Bueno, creo que se imponen drásticas medidas. Su tiempo se está agotando, Ross.

—¿Qué va a hacer? —me alarmé, al verle sacar su voluminosa automática.

Sin inmutarse, enroscó un silenciador en torno al cañón, y aplicó ésta a la cerradura de la puerta. El disparo sonó como un seco taponazo. La bala hizo trizas la cerradura, y un puntapié abrió definitivamente la recia hoja de madera del edificio de dos plantas.

—No hay duda de que es un hombre expeditivo —sonreí—. A los cargos, tendré que añadir como testigo el de allanamiento de morada.

—Váyase al diablo —refunfuñó de mala gana. Y abrió la marcha, pistola en mano. Temí que si Vince Grayson se cruzaba ante él, le vaciase el cargador en el vientre. Kellog era capaz de eso y de mucho más.

El chino se quedó dentro del «Chevrolet», encogido y medroso. Casi daba lástima verle, aunque la maldita sabandija hubiese metido un veneno en mi comida.

Mi piel ardía y sentía escalofríos frecuentes. Me castañeteaban los dientes. Debían de ser las seis menos cuarto o cosa así. No quería ni mirar el reloj.

Mi tiempo se estaba agotando.

Kellog también sabía eso. Estaba decidido a salvar mi pellejo, o, cuando menos, echar la zarpa encima al responsable de aquello, fuese como fuera. Si ese culpable era Grayson, como yo sospechaba, no le iban a ir nada bien las cosas, cayendo en manos de Kellog.

Mientras avanzábamos por la casa confortable y suntuosa, sin hallar a nadie, me preguntaba interiormente por qué podría Grayson haber llegado a semejante hecho. Un médico joven y de porvenir, de buena familia, con medios saneados de vida y una consulta prestigiosa...

¿Por Arlene? Era absurdo. El sabía que Arlene sería legalmente libre en breves días. Yo no contaba ya en su vida. Ni ella en la mía.

¿Entonces...?

Cuanto más cerca creía hallarme de alguna solución más lejana parecía ésta de súbito. Y menos sentido tenían las conclusiones a que uno podía llegar. Por otro lado, no podía olvidar que Grayson me rozó al pasar, en el Modern Fox Club. Y que él era médico, que podía conocer la existencia del Virus Z, en poder del profesor Mankiewicz... así como su antídoto, si realmente había tenido éxito en tal cosa el profesor.

Pero estaba el cadáver de Arlene. ¿Por qué ella? ¿Acaso descubrió los planes de Grayson y quiso denunciarle, sentenciándose a muerte? Pero ¿qué ganaba Grayson, en suma, haciéndome morir a mí?

El *puzzle* no tenía pies ni cabeza. Las piezas no encajaban en absoluto.

Llegamos a la planta alta del edificio. No parecía haber nadie en la casa. Ni rastro de servicio o del doctor Grayson, aunque todo aparecía limpio y ordenado. Quizá su servidumbre se ausentaba también en los fines de semana.

—Me temo que estamos perdiendo el tiempo —comenté entre dientes.

Kellog me miró, como dispuesto a replicar, malhumorado. Luego apretó los labios, sin decir nada. Sabía que a mí no me sobraba tiempo alguno para perderlo tontamente. Pero no lo comentó.

Abajo tenía Grayson su consultorio y su biblioteca, así como algunas dependencias de uso profesional y los servicios. Arriba, la vivienda propiamente dicha, con ese inconfundible olor aséptico de las viviendas de los médicos.

Ni en los dormitorios ni en el gabinete hallamos indicios del paradero del joven doctor. Finalmente, nos detuvimos ante una puerta cerrada, de madera tallada. Kellog la empujó.

—Es un despacho —dijo—. Sin duda, el gabinete de trabajo de su amigo Grayson. Tampoco hay nadie dentro, según parece.

Había dado a un interruptor de luz, revelando el sillón de alto respaldo, ante la mesa, totalmente desocupado. En la mesa había papeles sobre una carpeta de piel. A su lado, un pesado tintero y cenicero, un bello juego de mármol y bronce. En el suelo, tras la

mesa, la luz hizo centellear algo plateado, alargado.

—Espere —dije—. Parece que se cayó alguna cosa a la alfombra. Quizá el cortapapeles. No veo ninguno en la mesa, y ese juego ha de tener uno, vea su hueco.

—Muy observador —refunfuñó Kellog—. ¿De qué nos servirá un cortapapeles caído?

Rodeé la mesa despacho, pesada y suntuosa. Me quedé mirando la alfombra, tras el alto respaldo del asiento.

—De nada —comenté—. Pero si ese cortapapeles está clavado en la nuca de un hombre llamado doctor Vince Grayson, aún nos sirve de menos, Kellog...

El gángster me miró como quien ve visiones. Luego al ver la seriedad de mi lívido rostro, lanzó un juramento y corrió a reunirse conmigo.

Juntos, contemplamos el cadáver del joven doctor Grayson, abatido en la alfombra.

CAPÍTULO III

—¡Que me ahorquen si entiendo nada! —gimió. Se tocó el cuello, con un escalofrío—. Y lo malo es que veo que sí. Que me ahorcarán, Ross, o cosa muy parecida.

El automóvil rodaba por la ciudad semidesierta, en la más fría e inclemente mañana del año, la destinada a cerrar mi ciclo vital de un momento a otro. Sentía palpitaciones intensas en el corazón. Mis funciones cardíacas no iban bien. De vez en cuando, mis ojos sufrían nebulosidades extrañas, que emborronaban la visión.

La fiebre, en cambio, remitía. También los espasmos. Una rara sensación de benignidad invadía mi cuerpo. Yo sabía lo que era eso. El bienestar de la muerte. El fin, ya cercano. Inmediato.

—Son las seis y diez minutos —suspiré, consultando mi reloj sin nerviosismo—. Parece que mi vida se alarga un poco más de lo previsto. Pero el final se acerca, Kellog.

—¡Dios mío! —Su boca se crispó, sin dejar de conducir por Manhattan—. ¿Qué podemos hacer ya, Ross? Esto se termina. Y los caminos se cierran. No hay solución.

—Mataron a mi mujer, al profesor Mankiewicz. Y ahora, a Grayson. Tres asesinatos. Cuatro, con el mío propio —suspiré—. Y ni siquiera sabemos quién o por qué.

—Si tardamos mucho en descubrirlo, Nueva York se quedará deshabitado, a semejante ritmo de defunciones violentas —se quejó Kellog.

—Déjeme usar el radioteléfono, Bugsy —le pedí—. Primero pida el número del Medical Center. Quiero consultar algo.

—Conforme —asintió, ceñudo. Me miró de soslayo, a través del retrovisor. Poco antes habíamos dejado al taciturno y abatido Chang Ho en una travesía. Kellog ya no parecía guardarle rencor. Y yo tampoco—. ¿Qué pretende ahora? ¿Encontrar otro cadáver, Ross?

—Espero que el ciclo criminal haya terminado —suspiré—. Sólo me intrigan dos cosas: Que mi plazo de vida se prolongue más de lo previsto. Y que hiciera tanto calor en casa de mi esposa.

—¿Qué? —masculló, mirándome con ojos dilatados—. ¿Se ha vuelto loco, Ross? ¿O su agonía provoca delirios?

—Ni una cosa ni otra —sonreí—. Son dos cosas que me preocupan. Pero una no tengo medio de aclararla. La única persona que puede saber por qué los radiadores despedían tanto calor, está muerta. Era mi propia esposa, Kellog. Y nunca fue friolera. En cuanto a mi período de supervivencia... quiero estar seguro de él.

Kellog había hablado por el radioteléfono, pidiendo el número del Medical Center. Una vez obtenido, un minuto o dos más tarde, tendió el teléfono hacia mí, y pulsó unas teclas con letras y cifras, obteniendo el número solicitado.

—Medical Center —me dijo una voz femenina, impersonal—. ¿Qué desea?

—Es urgente —dije—. Se trata de Marvin Ross. Sin duda saben a quién me refiero.

—¡Un momento! —Sonó la voz de mujer, excitada—. No se retire.

—Espere. Será inútil que intenten localizarme. Llamo desde un radioteléfono, y nos desplazamos constantemente por la ciudad. No van a darme caza sus médicos. Pero tengo que hablar con ellos urgentemente.

—¿Usted es el propio Marvin Ross, señor?

—Sí, yo. Quiero hablar con el departamento de Toxicología y...

—Le comunico ya. Están en guardia permanente, esperando localizarle de algún modo.

Un «clic» lejano, y una voz varonil al teléfono, con tono de urgencia:

—¡Señor Ross! ¿Me escucha, señor Ross?

—Sí, le escucho. No pierda tiempo. No van a localizarme.

—¡Es preciso que se someta a tratamiento, que venga aquí inmediatamente! —jadeó el médico—. ¡Tenemos un equipo especial de urgencia a punto! ¡Podemos luchar por salvarle!

—Es inútil —rechacé—. Saben tan bien como yo que no hay salvación. Escuchen esto; son las seis y veinte minutos. Según los cálculos más optimistas, debería estar agonizando y aún no advierto síntomas de parálisis. Eso quiere decir que debe quedarme en teoría más de una hora de vida. Pero eso no es posible, si el veneno empezó su actividad puntualmente y no hay razón para que no lo hiciera.

—Señor Ross, se lo ruego. Ha estado aquí su amigo, el teniente Gallagher. Tiene que cooperar. No se desespere, no haga una locura.
—No hago ninguna locura. Telefoneen al teniente Gallagher. Tiene el cadáver de mi esposa, asesinada en su apartamento. Y al profesor Mankiewicz en su vivienda de la Quinta Avenida, también asesinado. Y al doctor Grayson en su consulta de Broadway. Creo que la misma persona que me envenenó, ha matado a todos ellos. No sé los motivos, pero informen a Gallagher. Díganle también que Bugsy Kellog me ayuda. Es inocente en lo que me ocurre —mi mirada se cruzó con la del gángster, en el retrovisor y acepté su gesto agradecido y lleno de sorpresa—. Está intentando cooperar conmigo para que no le culpen de ello. Pero se nos cierra todo camino, doctor.

—¡Deje de hablar y venga enseguida aquí, se lo suplico!

—Es inútil. No iré. Sólo quiero que me digan algo. Cuando estuve en ese centro hospitalario hoy, antes de las nueve y media de la noche..., ¿cuánto tiempo llevaba, aproximadamente, con ese virus en mi sangre, actuando sobre mis tejidos?

—¿Cómo dice, señor Ross? —La voz del médico lejana, sonaba extraña, sorprendida.

—¡Oh, por Dios! Le dije que no trate de entretenerme. Llamo desde un coche con radioteléfono, y vamos a desorientar a cualquier coche-patrulla que nos busque, doctor. Quiero un dato, cuando menos, para saber cuánto tiempo me queda de vida. Estuve ahí sobre las nueve y veinte minutos. Para entonces, llevaba ya el envenenamiento encima, ustedes tienen que recordarlo.

—Sí, señor Ross. Soy el doctor Stuart. Uno de los que le atendieron. ¿A qué se refiere exactamente?

—Mi envenenamiento por el virus Zimbalist, el mal de Halsen y todo eso, doctor... ¿Cuánto tiempo aproximado llevaba de incubación en mí? ¿A qué hora calcula usted que me fue inoculado? ¿A las seis, las siete, las ocho...?

—Pero, señor Ross... —Sonó la voz del doctor Stuart, del Medical Center—. Cuando usted estuvo en este hospital, a las nueve y media de la noche, no llevaba en su sangre ningún virus Z...

—¿Qué? —mascullé con un grito—. ¿Está loco acaso, doctor? ¡Yo escuché sus palabras, cuando consultaban mi caso entre ustedes, en el gabinete vecino a la consulta de Toxicología! ¡Yo estoy enfermo

del mal de Halsen, y usted lo sabe, o todo lo que me dice no tendría sentido!

—Señor Ross, nosotros sabemos por el teniente Gallagher, que usted sufre esa clase de envenenamiento, pero cuando usted vino a ser tratado de envenenamiento, esta noche, lo único que tenía era un alcaloide tóxico, mezclado con los alimentos... En su sangre no había el menor rastro de la ameba Z., por supuesto. Lo que usted escuchó entonces, se refería a otro paciente que acababa de ingresar víctima de ese mal... Precisamente un colega nuestro; el doctor Vince Grayson... Y nadie le mencionó su dolencia, para no alarmarle. Cuando volvimos a atenderle de su intoxicación, usted había desaparecido, señor Ross.

Colgué el teléfono sin esperar a más. No dije nada. Hubiera sido incapaz de hacerlo. Kellog se alarmó al ver mi rostro por el retrovisor.

—¡Ross, por todos los diablos! —bramó—. ¿Qué ocurre ahora?

—No lo sé —dije sordamente—. No lo sé... pero todo se tambalea. El poco sentido que antes tenían las cosas han dejado de tenerlo repentinamente. Ahora sí que no entiendo nada de nada... o quizá empiezo a entender demasiado.

—Ross, ¿se presenta así la agonía? —jadeó Kellog, alarmado.

—Al diablo la agonía —miré mi reloj—. Kellog, si no estoy en un error, dispongo de mucho más de una hora todavía. Quizá dos de vida o más.

—¿Tanto? —se extrañó él—. Dijo usted que era todo tan rápido...

—Y lo es, Buggy —asentí—. Lo es... Sólo que había un error de tiempo. Un fallo en la hora. Las cosas no sucedieron como yo imaginé. En realidad, ese virus monstruoso me ha sido inoculado después de haber ido al hospital. Es decir, más tarde de las diez de la noche.

—¡Cielos! —boqueó Kellog—. ¿Y eso... tiene sentido?

—Sí —afirmé lentamente—. Por primera vez, algo tiene sentido.

CAPÍTULO IV

En esta ocasión tuve más fortuna que con el profesor Mankiewicz o con el doctor Grayson.

Nadie había acuchillado a Jonathan Gould o le había hundido la cabeza a golpes. Gozaba de buena salud, y aunque tenía los cabellos en desorden y el rostro cargado de sueño, me contempló con cierta sorpresa y desorientación, tratando de dar a su rostro un aire animado.

—¡Ross! —exclamó—. ¿De dónde sales a semejantes horas?

—Del fondo de los infiernos, como Orfeo —reí entre dientes. Vi sus pies descalzos, sus zapatillas de lana, su bata de igual tejido, su cabello húmedo, como si hubiera sudado en el confortable lecho, dentro de su vivienda. Sacudí la cabeza—. ¿Puedo pasar, Jonathan?

—Claro —mi amigo se hizo a un lado, perplejo, pasándose los dedos por el cabello—. Entra, Marvin. Hace frío afuera. Mucho frío. ¿Qué diablos haces por las calles sabiendo lo que te sucede?

—Vivir mis últimas horas —sonreí, con cierto sentido del humor que le dejó atónito—. Parece que esto se prolongó un poco, ¿no crees?

—Sucedé a veces, si el sujeto es físicamente resistente —meneó la cabeza, con desaliento—. Pero no tiene objeto, amigo mío. Es una partida perdida de antemano la que estás jugando. He hablado con nuestro común amigo, el teniente Gallagher, con médicos de Sanidad, con colegas del Medical Center... Eres el hombre más buscado de la ciudad, y posiblemente, de todo el país. ¿Por qué ese trágico juego del escondite, Marvin? ¿Qué esperas ganar con él?

—Un nombre, Jonathan.

—¿Un nombre? —Enarcó las cejas. Su rostro, joven y viril, se encaró al mío, ya en la albura aséptica y luminosa de su consultorio privado. Hundió las manos en los bolsillos de su bata—. ¿Qué nombre, Marvin?

—El de mi asesino.

—¿Asesino? —Sacudió la cabeza—. Sí, Gallagher me habló de eso. ¿Crees, realmente, que te han asesinado, Marvin? Es una teoría

fantástica...

—También lo es imaginar que alguien asesinó a Arlene, golpeándola en la nuca, al profesor Mankiewicz aplastándole el cráneo con una figurilla precolombina, y a Vince Grayson clavándole su abrecartas, muy afilado por cierto, en plena nuca.

—¿Qué dices? —Dilató sus ojos Gould, palideciendo. Me miró, con un jadeo—. No es posible, Marvin... Estás bromeando, ¿no?

—No, no bromeo. Es una salvaje danza de sangre y de muerte. Empezó esta noche, con el doctor Grayson.

—¿Vince Grayson? —Pestañeó Gould—. Conozco a ese muchacho. Es amigo mío, quizá también tú lo conozcas...

—Sólo como pretendiente de mi esposa —reí—. ¿Sabías eso, Gould?

—Claro —asintió mi amigo—. Pero no es un tema agradable de tocar.

—¿Por qué no? —Sonreí—. Eso terminó antes de que ella muriese y yo fuese inoculado con el virus de Zimbalist, Jonathan. Cuando vine esta noche a tu consulta, ¿recuerdas?, me pregunté dónde había podido recibir ese virus.

—Yo me lo he preguntado muchas veces, Marvin. Si dices que ha sido intencionado, hay que imaginar que alguien te inyectó el mal en tu sangre. ¿No advertiste nada en ninguna parte?

—No —negué—. Sólo en dos sitios me introdujeron una aguja hipodérmica en la sangre. En el hospital... y aquí.

—Eso era cuando ya llevabas el virus Z, Marvin. Me refiero a antes de eso...

—No, Jonathan —negué despacio—. Ahí estuvo mi error. Yo no estaba inoculado de ese virus cuando entré en el hospital.

—Pero... Pero tú mismo dijiste... Los médicos hablaban de ello.

—Los médicos hablaban de otro médico, colega suyo; Vince Grayson, que había acudido con síntomas de intoxicación. El análisis de él probó que había recibido el virus Z. El, Gould, no yo.

—Pero... yo analicé tu sangre —protestó Jonathan Gould—. Y dio resultado positivo.

—Eso es cierto. Tú extrajiste sangre de mis arterias y encontraste el virus. Pero si en el hospital, mi único envenenamiento procedía de unos alimentos intoxicados por un chino fiel a un hombre a quien yo podía perjudicar continuando vivo, y el lavado gástrico y el antídoto me libraron de ese peligro... ¿Cómo llegó en ese espacio de

tiempo el mal de Halsen a mi cuerpo, mi querido doctor Gould?

—Te confieso que no puedo saberlo. En el hospital no pudo nadie...

—No, Jonathan. Tienes razón. En el hospital, nadie me haría algo así. Estaban preocupados en Toxicología con el caso de Grayson. No me prestaron mucho caso a mí, que era un caso vulgar, aunque yo pensé lo contrario. Entonces, ¿qué se me ocurre hacer? Venir a verte a ti, Jonathan. Y tú analizas mi sangre, al oír mi relato. Me introduces una aguja hipodérmica para extraerme sangre...

—Entre el hospital y mi consultorio, tuvo que suceder —me señaló el doctor Gould con vivacidad—. Recuerda, Marvin. Trata de reconstruir tus pasos.

—Ya lo hice, Jonathan —sonreí fríamente, sacudiendo la cabeza—. Es inútil que trates de desorientarme. Sé todo cuanto hice esta noche, paso a paso. Lo he recordado mil veces en estas últimas horas. No, Jonathan, amigo mío. No fue en el hospital. Ni en ningún otro sitio... sino aquí...

—Marvin...

—Tú me inoculaste el virus Z. Tú lo hiciste, Jonathan Gould...

* * *

El silencio fue prolongado.

Jonathan paseó su alta figura varonil por el consultorio, bajo las blancas luces. Se detuvo. Me miró sombríamente.

—¿Cuándo lo has sabido, Marvin? —me preguntó, sereno.

—Esta noche. Cuando me dijeron en el hospital que yo nunca tuve semejante clase de envenenamiento. Tenía que ser alguien conocido. Conocido de mí, de Arlene, de Grayson, del profesor Mankiewicz... Tú respondías a todo eso. Eres un experto en Toxicología. Mankiewicz investigaba tóxicos tropicales, venenos de insectos y de reptiles y cosas así... Era lógico que os conocierais ambos. Lo acabo de comprobar. Volví a la Quinta Avenida, a la casa del profesor. Hallé tu nombre en su fichero.

—Eso no prueba nada, Marvin.

—Ya lo sé —suspiré—. Yo no era la persona señalada para morir hoy. Era Grayson. Pero al venir a tu consultorio, creíste oportuno matar dos pájaros de un tiro. Eso es lo que hiciste, Jonathan. Me inoculaste el virus... y dijiste que mi análisis era positivo. Un juego

ingenioso y fácil. Yo nunca podría sospechar de ti, por supuesto.

—Por supuesto —sonrió—. Pero has sospechado. ¿Qué es lo que hice mal?

—Muchas cosas. Un error trae aparejado otro consigo. Perdiste la serenidad al complicarse las cosas para ti. Arlene debió amenazarte con decir toda la verdad, denunciándote si algo me sucedía a mí o a Grayson, ¿no es cierto? Por eso la mataste. No entraba en tus planes en modo alguno, pero tuviste que hacerlo. Estuvo bien lo del calor intenso, el agua caliente...

—Marvin, ¿cómo pudiste saber eso? —se sorprendió.

—Jonathan, no olvides que ha sido mi esposa. Conocía sus costumbres. Nunca se bañó, y menos en agua caliente. Sólo duchas frías. No era friolera. Y ardían los radiadores. Eso no tenía sentido. A menos que ese calor exagerado... conservase caliente el cuerpo. Lo suficiente para que, de modo legal, cuando volvieras y apagases los radiadores, antes del descubrimiento del cadáver, el forense fijase la muerte de Arlene después de la mía.

—¿Qué ganaría yo con eso, detective? —rió burlón el doctor Gould.

—Doscientos cincuenta mil dólares. Mi seguro de vida. Era un riesgo, pero tenías que correrlo. Si ella había muerto más tarde, como afirmaría clínicamente el forense, el dinero de mi seguro era legalmente suyo al morir. Y de rechazo... de alguien que tuviera con Arlene algún lazo de parentesco o relación familiar.

—Yo no tengo ese lazo —sonrió Jonathan Gould, agresivo—. Importante detalle el que olvidas, Marvin.

—No, no olvido nada. Vince Grayson adivinó de algún modo vuestro plan, o lo descubrió por algún error tuyo. Arlene no colaboraba en el proyecto de asesinar me, estoy seguro. Pensaba que sólo la buscabas a ella. Que sólo querías su amor, Jonathan. Pero tenías que ir deprisa, o yo cambiaría mi seguro de beneficiario al producirse el divorcio legal. ¿Cuándo os casasteis, Jonathan?

—¿Qué? —balbució Gould, sorprendido. Me miró, con fría ira—. Vaya, veo que eres aún más inteligente de lo que imaginé, amigo Marvin.

—Sí, has menospreciado mi valía. Es un error. En el crimen y en el ajedrez. Dos juegos que requieren agilidad mental. Y cálculo, Jonathan. Mucho cálculo. Un error, una pieza perdida por un movimiento equivocado y es jaque mate.

—El único mate, Marvin, es el tuyo —sonrió heladamente Gould—. Estás muerto.

—No me importa ya. Me hice a esa idea, Jonathan. Lo que cuenta es que tú pagues tu culpa. Eso bastará.

—No vas a lograrlo. No tienes pruebas, no puedes hacer nada. Ni siquiera te dejaré salir ahora de aquí para revelar todo eso a Gallagher. La muerte de Arlene será oficialmente después de la tuya. Y yo, en estos momentos, soy el esposo de ella. Acertaste, sí. Nos casamos secretamente. Antes, incluso, de obtener el divorcio. Pensaba legalizar eso más tarde. Ahora ya no hay caso. Muerto tú, me convierto automáticamente en esposo legal de Arlene, durante el tiempo suficiente para, una vez beneficiaría ella de tu seguro, al morir «accidentalmente» en su baño, pase a ser mío ese derecho, como conyugue con otra póliza de mutuo beneficio, que ya extendí oportunamente cuando nos casamos ella y yo de modo secreto... La muy necia pensó que era una boda por amor. Me prefirió a Aaron Levine y al joven Grayson. Pero éste sospechó algo. No aceptaba ser desbancado por mí. Se dedicó a investigar en torno a Arlene y a mí. Creo que descubrió la boda secreta, e intuyó mis planes. El profesor Mankiewicz poseía ese virus entre sus raros especímenes tropicales. Se lo pedí pero me fue negado. No quería desprenderse de él. Le visité esta tarde. Estaba solo, sin su servidumbre, que se ausenta los fines de semana. Le había citado para apoderarme de su preciado elemento. Se resistió. Tuve que matarle.

—Y le robaste no sólo el virus, sino también el antídoto... para deshacerte de él y quitarme toda posibilidad de sobrevivir.

—Lo cierto es que no pensaba aún en deshacerme de ti. Pero las cosas vinieron rodadas. Cuando envenené a Grayson, él trataba de reunirse contigo, de explicarte sus temores sobre mí...

—Ahora entiendo —asentí—. El encuentro en el club.

—Le inoculó el virus, pero él sospechó enseguida. Yo le vigilaba. Tuve que ir a su casa y matarle, antes de que se hiciera más peligroso para mí, apenas se marchó del hospital, donde nada le dijeron de su dolencia, al saber que era médico, pensando posteriormente informar a Sanidad y hacer lo posible por salvar su vida. Grayson, como médico, podía haber estado en contacto con cultivos de laboratorio, y haberse contaminado de un simple arañazo. Eso pensaban todos, y eso es lo que yo quería que

pensasen. Pero ignoraba que a Grayson le interesarán los tóxicos, y sospechara su estado real. Por eso tuve que deshacerme de él. Para entonces, tú ya estabas también en camino de morir, como entraba en mis proyectos. Grayson no hablaría de ellos a nadie. Tú morirías. Arlene te sobreviviría lo suficiente para cobrar el seguro de vida.

—Y luego moriría ella —completé—. Pero algo falló en tus proyectos, ¿verdad?

—Sí. La propia Arlene. Y Grayson, claro. La telefoneó antes de ser muerto por mí. Le dijo lo que temía. Le habló de ti, de él, de mí... Arlene era un peligro. Fui a verla, y lo comprendí así. No quería que tú murieses. Ni tampoco Grayson. Estaba dispuesta a lo que fuese, con tal de abortar mis planes. Incluso a denunciarme a la ley.

—Y la mataste.

—Tuve que hacerlo, Marvin. Era mi peor error, lo sé. Se me ocurrió la estratagema del calor. Resultaría, si nadie entraba allí. Y tuviste que ir tú... Pero no lo contarás a nadie, Marvin. Se termina tu vida. Si es preciso, te mataré yo mismo. Voy armado.

Y sacó su mano del bolsillo.

Empuñaba una pistola automática con silenciador. Más pequeña que la de Kellog, pero igualmente mortífera. Me encañonó sin contemplaciones.

* * *

Me limité a sonreír fríamente. Encogí los hombros.

—No esperarás que me asuste —dije.

—No pretendo asustarte. Sólo terminar contigo.

—Estoy habituado a la idea de morir —suspiré—. No temo nada, Jonathan.

—Lo imagino. De todos modos, preferiría que murieses apaciblemente, bajo los efectos de ese virus. Un disparo de pistola no es lo adecuado a mi ingenioso plan de muerte.

—Te crees un virtuoso del crimen, Jonathan Gould. Eres sólo un vulgar asesino.

—Vulgar, no —sonrió—. Nadie mata científicamente, por medio de un virus. Sólo yo, Marvin. Debes reconocer eso. Podría ser un crimen perfecto.

—Lo hubiera sido en otro lugar más cálido que Nueva York, en

invierno, con temperaturas bajo cero.

—Yo no podía elegir la época y el lugar. Lo importante es que la idea resultó.

—Sí. Resultó, y debo morir, ¿no es cierto?

—Inexorablemente, Marvin. Tú eres la víctima fijada. Los demás solo lo fueron circunstancialmente, aunque Grayson te precediera en el plan, por causas de emergencia.

—¿Y el antídoto, Jonathan? ¿Existía, realmente?

—Existía —asintió despacio, con una expresión sardónica—. Cuando murió Mankiewicz... tuve que destruirlo. No podía correr riesgos contigo. Se demostró que mis previsiones eran acertadas.

—Sí, eso es evidente —suspiré—. Lástima... Sólo un pequeño tubo de ensayo... y en él la vida. En fin, eso no tiene ya remedio.

—No, no lo tiene —me señaló con su arma silenciosa—. ¿Qué eliges, Marvin? ¿Morir tranquilamente, por tus pasos contados... o una bala en la cabeza?

—Eso estropearía tus planes de seguro de vida —le recordé fríamente.

—Es cierto. Sería un trabajo inútil. Pero sin riesgos.

—Jonathan, ¿has pensado que mi muerte tal vez no te sea útil?

—¿Por qué dices eso? —Enarcó las cejas, sorprendido.

—Llama a casa de Arlene —pedí—. Quizá eso responda a tu pregunta.

—¿Arlene? No habrá nadie. Ella está muerta, tú aquí...

—Llama, por favor —sonreí.

Me miró, entornando los ojos. Sacudió la cabeza, sin soltar el arma.

—¿Dónde está el truco? —indagó.

—En ninguna parte, Gould. Vamos, llama. No me moveré. Puedes seguir encañonándome. No necesito hacer nada, Sólo esperar...

El no dijo nada. Alzó el teléfono. Lo dejó sobre la mesa. Marcó con su mano zurda, sin dejar de apuntarme con la automática.

En la distancia, sonó un timbre. La llamada se repitió sólo dos veces. Descolgaron.

—¿Dígame? —Oí una voz masculina, seca y fría, por el auricular.

Jonathan Gould palideció. Colgó bruscamente, sin responder. Me miró, apretando los labios.

—¿Qué significa? —jadeó—. ¿Quién está allí ahora?

—La policía —sonreí.

—¡Mientes!

—No, Gould. No miento. Gallagher sabe ya todo. Le informé antes de venir, por radioteléfono. Arlene ha sido hallada. Y yo aún estoy vivo. No habrá nunca seguro de vida para ti. No fuiste nunca, legalmente, el esposo de ella, puesto que yo sobrevivo a su muerte. Se ha terminado tu juego, Gould.

—Puedo verte morir, pese a todo —silabeó.

—Claro —asentí—. Moriré, no hay duda. El plazo se extingue. Pero eso no resuelve nada. Abajo espera Bugsy Kellog, con dos de sus hombres. Están armados. Cuando pase una hora, subirán por ti. No van a dudar mucho. Si no confiesas ante la ley, te coserán a balazos. Es su modo de hacer justicia, y no se le puede reprochar nada...

Lentamente, Gould dejó caer su pistola en la alfombra. Me miró sombríamente.

—Tú ganas —dijo—. Ve a ese armario, Marvin. Encontrarás dentro un pequeño frasco —me señaló al rincón de su consultorio, bajo la cruda luz blanca—. Tiene una etiqueta amarilla, con unas cifras. Es el antídoto.

El corazón me dio un vuelco. Miré asombrado a Gould.

—¿Bromeas? —mascullé.

—Nunca dije nada más seriamente —suspiró—. Destrocé el tubo de ensayo, pero salvé el antídoto. Estaba en unas ampollas. Se quebraron dos. Hay otras dos. Toma una jeringuilla y una aguja. Inyéctate tú mismo en la vena. Será suficiente. Aún es tiempo, Marvin.

Corrí al armario. Encontré el frasco. Con sumo cuidado, lo destapé. Elegí, trémulo, una aguja, una jeringuilla. Puse allí el precioso líquido. Me inyecté en la vena...

A mis espaldas, retumbó una seca detonación amortiguada. Como una botella de champaña al descorcharse.

Me volví bruscamente, tiré aguja y jeringuilla.

Ya no podía hacer nada por él. El doctor Jonathan Gould había pagado su tributo al fracaso. No soportó el jaque mate.

La pistola humeaba aún en su mano.

EPÍLOGO

—Feliz regreso a la vida, Marvin Ross.

—Gracias, Mark —suspiré—. Gracias a todos.

—Ha sido un oscuro y terrible camino el tuyo —dijo, contemplando el amanecer, sobre los rascacielos festoneados de nieve helada—. Pero ha valido la pena.

—El antídoto, por fortuna, era efectivo —asentí—. Pobre profesor Mankiewicz. Lo logró, a pesar de los inconvenientes. Le debo la vida.

—Estuviste a punto de deberle tu muerte —me recordó Dinah Kelly, sirviendo café—. Esos virus nunca deberían manipularse, Marvin. Es demasiado peligroso cuando anda por medio una mente ambiciosa.

—Olvidemos todo eso —susurré—. Y esperemos que Kellog no sea enviado a la silla eléctrica, después de cuanto hizo por mí. Era su propio interés, pero se esforzó cuanto le fue posible.

—El fiscal sabe ya eso —afirmó Gallagher—. Pedirá veinte años de prisión para Kellog, por homicidio. El muerto era otro pandillero, de modo que tampoco se perdió gran cosa en el ajuste de cuentas. Es posible que le salgan quince años y cumpla la mitad en la penitenciaría, viviendo como un rey. No, no es mala cosa lo que hizo en tu favor, Marvin.

El café me sentó bien. Cualquier cosa podía sentarme bien ahora. El malestar, la fiebre, los calambres... Todo había ido desapareciendo paulatinamente. Me sentía mejor cada momento.

Dinah cruzó su mirada conmigo. Leí muchas cosas en sus ojos.

—Marvin, he sufrido tanto por ti en estas últimas horas... —musitó—. Aún me parece mentira pensar que ya no tienes la muerte a tu lado.

—Más que a mi lado, Dinah —repuse—, la sentía aquí dentro de mí mismo, agazapada como un monstruo frío y cruel, esperando hacer presa total en mí. Ha debido llevarse una profunda decepción cuando tuvo que salir de mi cuerpo.

Carol y Gallagher se ausentaron hacia la cocina. Dinah y yo nos quedamos solos. Seguíamos mirándonos. Ella musitó:

—Marvin...

—¿Sí?

—Marvin, ¿qué vas a hacer ahora? Estás solo...

—Completamente solo —asentí. Moví la cabeza, pensativo—. Arlene quedó atrás... Nunca sabré si nos llegamos a amar realmente. Pero ella hizo algo por mí. Incluso cuando creía no sentir nada por su esposo.

—Eso queda atrás, tú lo has dicho. Y has de mirar ahora hacia adelante, Marvin.

—Es cierto —afirmé, caminando hacia el ventanal. Me asomé, contemplando Nueva York, nevado bajo la luz nubosa de la mañana invernal de aquel sábado que pensé sería el último en mi existencia—. Adelante. Hacia una nueva vida... y nunca mejor utilizada la frase, Dinah. ¿Sabes? Hablaremos de esto otro día. Tú y yo, Dinah. Está todo tan confuso aún...

—Sí, Marvin —sonrió ella, asintiendo—. Cuando tú quieras. Estaré esperando para ayudarte, sacarte de toda confusión.

Y yo sabía que eso era cierto.

FIN



Juan Gallardo Muñoz, nacido en Barcelona en 1929 y fallecido el 5 de febrero de 2013, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal.

Sus primeros pasos literarios fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario Imperio, de Zamora, y en las revistas barcelonesas Junior Films y Cinema, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix. Su entrada en el entonces pujante mundo de los bolsilibros fue a consecuencia de una sugerencia del actor George Sanders, que le animó a publicar su primera novela policíaca, titulada *La muerte elige*, y a partir de entonces ya no paró, hasta superar la respetable cifra de dos mil volúmenes. Como solía ser habitual, Gallardo no tardó en convertirse en un auténtico todoterreno, abarcando prácticamente todas las vertientes de los bolsilibros —terror, ciencia-ficción, policíaco y, con diferencia los más numerosos, del oeste—, llegando a escribir una media de seis o siete al mes, por lo general firmadas con un buen surtido de seudónimos:

Addison Starr | | Curtis Garland (y también, Garland Curtis) | | Dan Kirby | | Don Harris | | Donald Curtis | | Elliot Turner | | Frank Logan | | Glenn Forrester | | John Garland (a veces, J.; a veces, Johnny) | | Jason Monroe | | Javier De Juan | | Jean Galart | | Juan Gallardo (a veces, J. Gallardo) | | Juan Viñas, | | Kent Davis | | Lester Maddox | | Mark Savage | | Martha Cendy | | Terry Asens (para el mercado latinoamericano, y en homenaje a su esposa Teresa Asensio Sánchez) | | Walt Sheridan.

Fuera ya de los bolsilibros también abordó otros géneros diferentes, tales como libros de divulgación sobre diversos temas —brujería, música, póker—, cuentos infantiles u obras de teatro, e incluso fue guionista de cuatro películas: No dispare contra mí (José María Nunes, 1961); Nuestro agente en Casablanca (Tulio Demichelli, 1966) exhibida, además de en nuestro país, en Italia y en Estados Unidos; *Sexy Cat* (Julio Pérez Tabernero, 1973) y *El pez de los ojos de oro* (Pedro L. Ramírez, 1974).

Durante muchos años publicó libros en todas las editoriales de literatura popular desde mediados de los años 50 hasta principios de los años 80, en la que desapareció la editorial Bruguera. Esto no quiere decir que Juan Gallardo haya dejado de escribir ya que, a diferencia de otros antiguos compañeros suyos, ha mantenido hasta hoy una envidiable actividad creativa aunque, lógicamente, enfocada ya hacia otros géneros. En la base de datos del

ISBN

aparecen registradas novelas suyas del oeste, publicadas por Astri y Ediciones B, al menos hasta el año 2000, y en 2002 Astri le dedicó en exclusiva la colección Piratas, encuadrada el antiguo género de corsarios. Desaparecida también esta editorial Gallardo pasó a colaborar con Dastin, vínculo que se mantiene hasta el presente. De esta reciente etapa datan siete biografías de mexicanos ilustres, diez adaptaciones de clásicos juveniles, un Diccionario de biografías de grandes figuras de la historia y, con motivo del IV centenario del Quijote, una adaptación juvenil de la obra de Cervantes. Escribió asimismo un par de novelas históricas serias tituladas *La conjura* (2009) y *La clave de los evangelios*. En Morsa ha publicado *La noche de América agonizante* y su autobiografía, *Yo, Curtis Garland*.